

# La Comuna de París (1871)

---

EL PRIMER ESTADO PROLETARIO DE LA  
HISTORIA.



## Índice.

0. Introducción _____	p.2.
1. El París del Segundo Imperio _____	p.4.
1.1. <i>Urbanismo</i> _____	p.5.
1.2. <i>Situación de la clase obrera</i> _____	p.7.
1.3. <i>Ideología de la clase obrera</i> _____	p.11.
2. La Comuna _____	p.15.
2.1. <i>Antecedentes</i> _____	p.15.
2.2. <i>Organizando el poder</i> _____	p.18.
2.3. <i>Defender la revolución</i> _____	p.23.
2.4. <i>Represión y muerte</i> _____	p.28.
3. La Comuna en la tradición comunista _____	p.32.

## 0. Introducción.

«Caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: he ahí la dictadura del proletariado».

F. Engels<sup>1</sup>

El 18 de marzo de 1871, después de más de medio siglo de esfuerzo, el proletariado parisino logra proclamar e instaurar un proyecto político revolucionario en la ciudad de París, proyecto que llevará el inmortal nombre de *Commune*. El gobierno proletario durará dos meses antes de ser aplastado y reprimido por las fuerzas reaccionarias de ocupación llegadas de Versalles. En este texto nos proponemos analizar en profundidad este brevísimo periodo de tiempo que se insertó en la memoria del proletariado mundial y escribió su nombre en la historia de nuestra clase.

Hablaremos de las necesarias e insuficientes medidas económicas y políticas que la Comuna llevó a cabo (entre las que se encuentran, por ejemplo, la suspensión de los alquileres o la colectivización de talleres abandonados, volveremos sobre esto), de la estrategia de defensa de barricadas, de la disolución del ejército regular y su sustitución de este por el proletariado en armas, del urbanismo imperial de París (los proyectos de Haussmann), de la situación de la clase obrera, de la cuestión ideológica (marxismo, blanquismo, proudhonismo, romanticismo), del papel de las mujeres proletarias en la revolución, de la cuestión del nacionalismo, de la organización del Estado. Porque aunque la Comuna se concentró en París (su influencia se extendió también a Lyon, Marsella o Toulouse entre otras), esta adquirió un carácter universal: estamos hablando del primer Estado proletario de la historia, el primer momento en el que el proletariado tomó las riendas de una ciudad y de su destino, el primer intento serio de organización comunista de emancipar el trabajo del yugo del capital. «Por grandes que hayan sido los sacrificios de la Comuna – escribe Lenin –, la importancia de ésta para la lucha general del proletariado lo ha compensado: la Comuna animó el movimiento socialista en toda Europa, mostró la fuerza de la guerra civil, disipó las ilusiones patrióticas y acabó con la fe ingenua en los esfuerzos de la burguesía por lograr objetivos nacionales comunes. La Comuna enseñó al proletariado europeo a plantear en forma concreta las tareas de la revolución socialista»<sup>2</sup>.

La Comuna de París no termina en 1871. Las fuerzas versallesas de Thiers pudieron arrasar, aniquilar, reprimir y asesinar *communards* hasta límites terribles y nunca antes vistos en la historia moderna, pero las enseñanzas de la Comuna permanecen en el tiempo. La fuerza y determinación de la clase obrera parisina, el recuerdo de los y las cincuenta mil federadas asesinadas, permanece. Todo eso acompañaba las fuerzas revolucionarias bolcheviques, como un espectro imborrable del pasado, cuando llevaron a cabo el acontecimiento más grande de la

---

<sup>1</sup> Engels, prólogo de *La guerra civil en Francia*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968, p.30.

<sup>2</sup> Lenin, *Las enseñanzas de la Comuna*, en Marx, Engels, Lenin, *La Comuna de París*, Madrid, Akal, 2010, p.100.

historia de nuestra clase: la Revolución de Octubre. Se dice que el cuerpo de Lenin, antes de ser embalsamado y exhibido como una mercancía ante miles de turistas, fue enterrado en una sencilla tumba y que en el ataúd le acompañaba un jirón de una bandera roja perteneciente a los tiempos de la *Commune*. Walter Benjamin llamaba «citación a la orden del día»<sup>3</sup> a los momentos en los que las revoluciones irrumpían en el continuo histórico y recordaban otras revoluciones pasadas y fracasadas, las devolvían a la vida, las hacían de nuevo presentes. En el jirón de bandera roja que acompañó el cadáver de aquel hombrecillo con nombre de río latía el recuerdo de la Comuna, el recuerdo de todas y todos los caídos. En un precioso texto, Blanqui afirmará que dejar caer la bandera roja, roja por la sangre de las y los mártires del proletariado, es un ultraje: «un ultraje para el pueblo, una profanación de sus muertos»<sup>4</sup>. Reclamar esta herencia inmortal, el eco de nuestras muertas, tejer ese hilo rojo de la historia, estudiar y analizar un proceso revolucionario en una capital europea haciéndolo nuestro, y llevar siempre alta la bandera roja de nuestra clase. Sólo la revolución comunista podrá redimir a nuestras y nuestros muertos, infinitas veces profanados, podrá realizar el anhelo del proletariado de alcanzar una sociedad sin clases, de mandar la opresión al vertedero de la historia. Lissagaray<sup>5</sup> cuenta conmovido la historia de dos *communards* que cayeron bajo las balas versallesas cuando salieron del resguardo de la barricada sólo para levantar una bandera roja que había sido derribada en una descarga anterior. «Los mártires de la Comuna – afirmaría Marx – tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera»<sup>6</sup>. Que su historia no se borre.



<sup>3</sup> W. Benjamin, *Tesis sobre el concepto de historia*. En *Estética y política*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2009, p.139.

<sup>4</sup> A. Blanqui, *La bandera roja*. En VV.AA., *Socialismo premarxista*, Madrid, Tecnos, 1998, p.155.

<sup>5</sup> H. P. O. Lissagaray, *La Comuna de París*, Nafarroa, Txalaparta, 2016. Existe otra edición en Madrid, Artiach, 1970, de la que hemos extraído los anexos.

<sup>6</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.136.

# 1. El París del Segundo Imperio.

«La modernidad es lo transitorio, fugaz, la otra mitad de la Eternidad».

C. Baudelaire<sup>7</sup>

Sólo para hacernos una idea de las transformaciones sociales que sufre Francia en el siglo XIX y de la convulsión que atraviesa esta época, podemos observar su sucesión de formas de organización política: en apenas cuarenta años (1830-1871) ocurren tres revoluciones, dos Repúblicas y un Imperio. París es el centro neurálgico de todas estas violentas transformaciones, convirtiéndose en lo que Harvey llama «la capital de la modernidad». La modernidad aquí se caracteriza por el mito de la ruptura total con el pasado, el mito de la novedad constante que combate tradiciones arraigadas y que tiene la mirada puesta en el futuro. Y este mito es totalmente funcional a cualquier orden social existente. La idea de progreso y la consigna de olvidar y enterrar la revolución de 1848 era un tema recurrente en el París del Segundo Imperio, y sobre este principio se construyeron los principios de remodelación y *modernización* del Régimen de Luis Bonaparte. La oleada revolucionaria de 1848, primera en la historia de Francia con un carácter exclusivamente proletario (guiada principalmente por los ideales socialistas utópicos, proudhonismo, blanquismo), había obligado a Luis Felipe de Orleans a abdicar, provocando la caída de la Monarquía de julio. Se proclamó la Segunda República y un gobierno provisional, primero con un carácter más social (sufragio general masculino<sup>8</sup>, derecho al trabajo), y posteriormente con un marcado carácter reaccionario. El proletariado parisino no se conforma con la República y declarará la insurrección en junio de 1848, tomando las calles y llenando París de barricadas. La terrible represión, dirigida por el general Cavaignac, despeja el camino a Luis Napoleón Bonaparte para ganar en las elecciones de diciembre. Tres años después, ante la imposibilidad formal de ser reelegido y la negativa a modificar la Constitución, da un golpe de Estado. La Asamblea Nacional, al abolir el sufragio general masculino y reestablecer la censura de la prensa apoyó involuntariamente el golpe llevado a cabo el 2 de diciembre de 1851. Casi un año después, el 7 de noviembre de 1852, se instaura finalmente el Segundo Imperio y Luis Bonaparte es proclamado emperador en las Tullerías, con el nombre de Napoleón III.

Para evitar que la transformación llegara desde abajo ataviada del recuerdo de 1848, el régimen del Segundo Imperio intentó dirigirla desde arriba. Transformaciones económicas, urbanísticas, ideológicas que, pese a aniquilar literalmente la forma de vida existente, no sirvieron para producir la ilusión de una ruptura con el pasado y siguieron viéndose como lamentables repeticiones de un pasado nacional glorioso, enterrado y que jamás podría volver (recordemos el conocido inicio de *El dieciocho de Brumario* de Marx, «una vez como [gran] tragedia, y la otra, como [lamentable] farsa»<sup>9</sup>), como una sangrienta pataleta, como una cruel representación teatral. Creemos que para explicar el desarrollo de las insurrecciones proletarias

<sup>7</sup> C. Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*, Madrid, Taurus, 2013, p.22.

<sup>8</sup> Hablar de «sufragio universal masculino» nos parece una contradicción de mal gusto (muy típica de la Ilustración, por cierto), por ello decimos «general».

<sup>9</sup> K. Marx, *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2003, p.31.

es necesario explicar todas estas transformaciones económicas, culturales, urbanísticas y sociales que sufrió la ciudad de París durante el Segundo Imperio.

La insurrección de 1848 en la ciudad de París tenía una fuerte vinculación con la ciudad, con el entorno. Las barricadas siempre se edificaban en los barrios con un mayor apoyo popular, y en calles que permitieran un fácil trasiego entre edificios. Era muy común la expresión «*pour la barricade*», que significaba que horas antes de una insurrección la gente comenzaba a lanzar sus muebles por los balcones para reforzar las barricadas. Muchas casas quedaron vacías de mobiliario por este motivo. Las calles elegidas para levantar barricadas eran las estrechas y con recovecos y edificios laterales desde los que disparar, o a través de los cuales escapar. Estas calles impedían los ataques con cañones (eran difícilmente accesibles) ni la entrada de carruajes, y obligaba a las fuerzas imperiales a atacar a pie. Además, el sentimiento de comunidad de los barrios convertía cada palmo de calle en un bastión inexpugnable: por este motivo la represión de 1848 no se dirigió sólo contra los y las propias insurrectas sino también contra su entorno. El objetivo del Segundo Imperio, desde el momento de imponerse, será destruir estos lazos a través de la gentrificación y la subida de alquileres, la dispersión del proletariado hacia las periferias y la remodelación absoluta del centro de París, encuadrada en los planes del barón Haussmann, que explicaremos a continuación. De alguna forma se trató de borrar las raíces de la clase obrera francesa con su pasado más próximo, de destruir tanto su unidad de clase como su continuidad histórica. A Luis Bonaparte el plan le salió regular.

### 1.1. Urbanismo

Georges-Eugène Haussmann fue el ejemplo perfecto de arribista: cuando hubo que ser monárquico fue monárquico, durante la República se agenció un puesto de diputado y se sumó al golpe de Luis Bonaparte cuando vio que prosperaba, convirtiéndose en uno de sus senadores. El emperador le encargó el proyecto de la remodelación urbanística de París con el objetivo, como decimos, de liquidar toda reminiscencia del pasado, de construir el mito moderno de ruptura radical, un proyecto que, popularmente, se conoció como «destrucción creativa». Amplios y rectilíneos bulevares organizados de forma radial que permitían cercar y sitiar manzanas enteras con una facilidad sorprendente, espacios verdes funcionales a la acumulación capitalista (donde «desconectar» y reponer fuerzas<sup>10</sup>), un sistema de fortificaciones estratégicas que sirvieran para defender la ciudad frente a una invasión<sup>11</sup>, anexión de las afueras a la administración de la propia ciudad para garantizar su control, geometría armónica a cada lado de las grandes avenidas para generar esa sensación buscada de orden, y por supuesto un cambio absoluto en la escala espacial del proyecto, cambio de escala que puede apreciarse en los *pasajes*, esas inmensas estructuras de acero y cristal que acogían Exposiciones Universales y

---

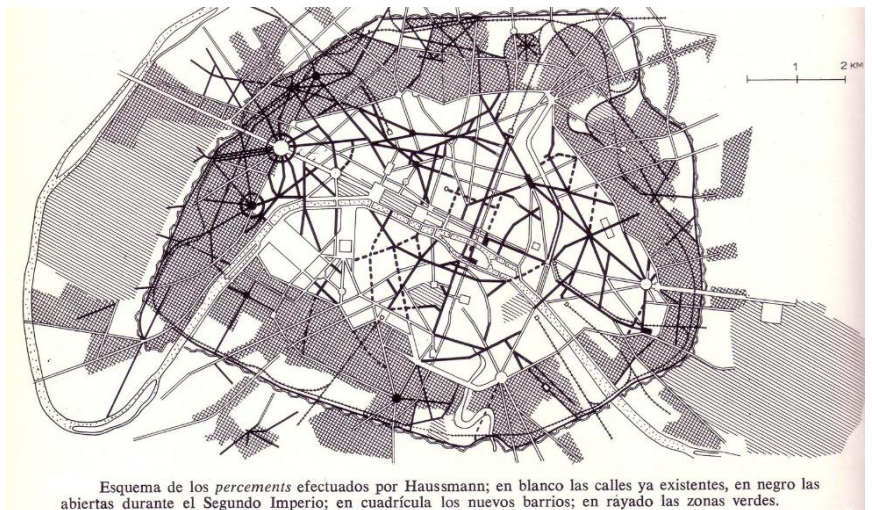
<sup>10</sup> «Grutas y cascadas, lagos y lugares turísticos para cenar, paseos relajantes y enramadas: todos fueron ensamblados habilidosamente dentro de estos espacios de la ciudad, enfatizando las visiones bucólicas y arcádicas, reconstruyendo el acceso a una inmaculada, no amenazadora, domesticada pero todavía purificadora naturaleza. [...] Trajeron el “espectáculo de la naturaleza” dentro de la ciudad y, con ello, contribuyeron al brillo del régimen imperial. También querían captar el romanticismo politizado de la década de 1840 y transformarlo en una relación con la naturaleza pasiva y más contemplativa, dentro de los espacios abiertos de la ciudad», D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008, p.316.

<sup>11</sup> Este sistema de fortificaciones fue planeado por Adolphe Thiers. Paradójicamente, la Comuna se serviría de estas fortificaciones para defenderse de la invasión versallesa comandada por Thiers.

mercancías<sup>12</sup> a partes iguales, espacios donde modernidad, imperialismo y espectáculo confluían.

El proyecto de la modernidad consiste, como afirmó Marx, en la «aniquilación del espacio por medio del tiempo», en la inmediatez y la reducción del tiempo de circulación de las mercancías y personas. Esta se ejemplifica en la figura de la locomotora: por vez primera las mercancías (entre las que el capitalismo incluye la fuerza de trabajo) pueden viajar a velocidades de vértigo por cualquier parte. El capital, sigue Marx, «se esfuerza por echar abajo cualquier barrera espacial [...] y conquistar el mundo entero para su mercado»<sup>13</sup>. Las ciudades son reordenadas para cumplir de forma eficiente esta circulación de mercancías y asociación de capitales (el terreno del centro se despeja y se desarrolla un sistema de calles integrado con el ferrocarril)<sup>14</sup>. París, escribía Balzac, «está constantemente en marcha y nunca descansa»<sup>15</sup>. La vida de París se convertía en la vida comercial de individuos atomizados y desarraigados, el eterno presente borraba toda huella de un pasado revolucionario, París se convertía en un cadáver, en un objeto muerto, en una ciudad al servicio de la circulación del capital. Un objeto muerto cuya forma más representativa era el escaparate. Por primera vez en la historia mercancía y espectáculo forman una unidad misticada. Los comercios abren las puertas para animar al público a entrar sin tener la obligación de comprar, como si de una especie de señuelo se tratara. La moda comienza a cobrar especial importancia en el mundo burgués de la capital como un eterno retorno de prendas del pasado, se extiende la figura del *flâneur* como el paseante arrastrado por la multitud<sup>16</sup>, el imperialismo francés llena el mercado de objetos saqueados que exponer en los salones burgueses, la venta de coches de caballos se dispara; todas estas transformaciones sociales vienen a reforzar la conversión de la ciudad de París en un objeto de consumo y espectáculo.

Con su plan general de reestructuración de la ciudad, Haussmann pretendía ocuparse de la totalidad del espacio urbano, reorganizar el marco espacial de la vida social y económica de la capital a un nivel total y absoluto. En palabras de Harvey, «imponer la lógica de la línea recta, insistir en la simetría, ver la lógica del todo, establecer el tono de la escala y del estilo, así como los detalles del diseño espacial»<sup>17</sup>. Este plan exigía



convertir el centro de París en un desierto, y expulsar al proletariado a los suburbios<sup>18</sup>, y la mejor forma posible de llevar esto a cabo era mediante la inflación del valor del suelo y su uso, y la consiguiente subida de los alquileres. Aquellos y aquellas que no podían hacer frente al pago de

<sup>12</sup> Brillantemente analizados por Walter Benjamin en *El libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2011.

<sup>13</sup> K. Marx, *Grundrisse*, tomo I, Madrid, Akal, 1976.

<sup>14</sup> En cinco años (desde 1855 a 1860), se multiplicó por tres el número de pasajeros de los transportes colectivos. El extrarradio rural se incorporó de lleno en la agitada vida parisina.

<sup>15</sup> En D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p.45.

<sup>16</sup> Véase la obra de Walter Benjamin *Charles Baudelaire. Un lírico en la época del tardocapitalismo*.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p.143.

<sup>18</sup> Como afirma Engels, el capitalismo resuelve el problema de la vivienda moviéndolo de un lado a otro.

estos fueron expulsados gradualmente del centro. La especulación se disparó y la propiedad se convirtió en un simple activo financiero. Esto, unido a una política antiindustrial consistente en llevar las fábricas a la periferia para «limpiar la imagen» del centro, se materializa en una ciudad imperial en la que el proletariado es apartado de la vista de la burguesía. Por decirlo de forma clara, Haussmann intentó borrar la conexión entre la esfera de la circulación (en el centro) y la esfera de la producción (en la periferia). Todo giraba en torno al centro. En palabras de Lefebvre: «la organización del espacio centralizado y concentrado sirve a la vez al poder político y a la producción material, optimizando beneficios. Las clases sociales se invierten y mudan en la jerarquía de los espacios ocupados»<sup>19</sup>.

Conforme se producía la expulsión del proletariado del centro de la capital francesa, sus viviendas fueron programáticamente demolidas, y sustituidas por grandes, anchas, rectilíneas y



Rue de Rivoli, con una longitud de 3km.

transitadas avenidas. La clase obrera era desarraigada de la historia de su barrio, las coordenadas donde antes levantaba barricadas hoy eran una avenida repleta de árboles donde el capitalista paseaba. Cuando el plan estaba en marcha, saltaban a la vista las consecuencias que esto tenía para la lucha de clases. Las grandes avenidas permitían el veloz tránsito no sólo de mercancías sino también de las fuerzas de represión. «El ancho de las calles – afirma Benjamin – hace imposible la construcción de barricadas. Las nuevas calles constituirán los caminos más breves entre los cuarteles y los barrios obreros»<sup>20</sup>. Al abrir grandes avenidas, derribar los viejos edificios de los barrios obreros, cubrir las calles con maderas para evitar el uso de adoquines en las barricadas, el régimen imperial buscaba evitar los disturbios, la guerrilla urbana, en una suerte de esterilización preventiva. Pero obtuvo el resultado opuesto: «la ciudad, limpiada en cierto modo por el vacío,

convertida en un lugar cada vez más abstracto, se volvía así más propicia a la revolución, que será siempre un esfuerzo por asegurar la victoria de lo concreto sobre lo abstracto»<sup>21</sup>. La materialización física de la lucha de clases en la misma ciudad de París concentra y unifica lo abstracto, y permite así oponerle lo concreto. El proletariado reconoce de forma más explícita a su enemigo de clase.

## 1.2. Situación de la clase obrera

En 1848 París tenía un enorme ejército industrial de reserva: despedidos/as por el colapso de la industria y el comercio, una ingente marea de trabajadores/as de provincias que buscaban suerte en la capital, la inflación disparada y la imposibilidad de sobrevivir con un único salario por el aumento de los precios de víveres y alquileres. La masa de la fuerza laboral se distribuía entre aprendices de talleres artesanos (la inmensa mayoría de los talleres independientes cerraron, hasta tal punto de pasar de ser mayoritarios a representar un 5% del

<sup>19</sup> H. Lefebvre, *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013, p.60.

<sup>20</sup> *París, capital del s.XIX.*, en W. Benjamin, *Sobre el programa de filosofía futura y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila, 1970, p.137.

<sup>21</sup> A. Ollivier, *La Comuna*, Madrid, Alianza, 1967, p.19.



empleo), una escasa fuerza de trabajo cualificada<sup>22</sup> y una fuerza de trabajo sin ninguna cualificación, itinerante, que oscila entre la mendicidad y la criminalidad, o en términos marxistas, «lumpenproletariado». Haussmann hablaba de este lumpenproletariado como «los verdaderos nómadas de París», y el tan arribista como reaccionario Adolphe Thiers hablaba de «vil multitud que asistió al levantamiento de barricadas y a la caída del gobierno como si fuera un puro festival de teatro»<sup>23</sup>.

El Segundo Imperio necesitó una enorme inversión de dinero público para adecuar la ciudad de París a las necesidades de la mercancía, y reducir este inmenso excedente de fuerza de trabajo. Los planes de Haussmann necesitaban mano de obra especialmente descualificada (en palabras de Harvey, «la tendencia iba hacia la pérdida de cualificaciones y la utilización de conocimientos fácilmente reproducibles»<sup>24</sup>, es decir, hacia la mecanización y fragmentación del empleo en tareas sencillas). Esto repercutió en el mercado de trabajo hasta tal punto que la línea empleo cualificado/descualificado se hizo más difusa. Los empleos se tornaban cada vez más inestables (la existencia de largas «temporadas muertas» era algo común y se suplían mediante mendicidad y criminalidad, puesto que el ahorro era imposible) y duros: el tiempo de desplazamiento hasta el lugar del trabajo aumentaba en el caso del proletariado (que no podía pagar el ferrocarril y debía recorrer a pie la distancia).

Quienes más sufrieron las consecuencias de la crisis y la inflación fueron las mujeres proletarias. El empleo femenino representaba, en 1847, el 41,2% de la fuerza de trabajo (sin contar el trabajo doméstico sino únicamente el trabajo fuera del hogar). En 1860, bajó al 31%. Los salarios medios de las mujeres eran inferiores a la mitad de los que percibían los hombres por trabajos equiparables<sup>25</sup>, además de sufrir violencia específica en forma de acoso y violaciones por parte de los patronos. Esta bajada de salarios respecto de los hombres forzó a las mujeres a volver al hogar, y pudiendo hablar aquí de los primeros orígenes de un salario familiar. Es un momento clave en la afirmación de este núcleo familiar como espacio de reproducción de la fuerza de trabajo, en el que las mujeres se dedican a la economía informal y, en general, a esferas no productivas. Por supuesto, la inestabilidad del trabajo era mucho mayor entre las mujeres y había un flujo constante de mujeres que alternaban entre un precario trabajo asalariado y otras formas de supervivencia: era común que las mujeres proletarias complementaran el salario ejerciendo la prostitución de forma propia y sin registrar, sin ningún control de las autoridades (de 34.000 mujeres, aproximadamente, que se dedicaban a la prostitución en 1850, sólo 4.000 estaban registradas). Se extendió la expresión de *femmes isolées* (mujeres aisladas), aplicada comúnmente tanto sobre prostitutas no registradas como sobre modistas, costureras y mujeres que trabajaban por su cuenta: de esta forma, se sugería una relación entre ambas. Esta masa de trabajadoras, con una amplia experiencia laboral, con un conocimiento directo de las bases económicas de su propia explotación, sería la fuerza principal de vanguardia de la Comuna, como veremos más tarde. Por decirlo de forma simple, la Comuna se nutría especialmente de obreros de construcción en paro (involucrados en los planes Haussmann) y de costureras independientes, es decir, de una clase obrera itinerante, con salarios devaluados y acostumbrada a sobrevivir, en palabras de Malcolm X, *by any means necessary*, ya sea a través de trabajos asalariados autónomos, de la prostitución o de la

---

<sup>22</sup> Cuya cualificación era totalmente parcial y se limitaba únicamente a tareas especializadas dentro del propio proceso productivo. Es en este período cuando la especialización y fragmentación del trabajo toma más relevancia.

<sup>23</sup> D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p.293.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p.224.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p.234.

prostitución institucionalizada (matrimonio). Las mujeres, como capa más precarizada del proletariado y obligadas por el sistema patriarcal de clases a gestionar el equilibrio familiar en sus diversas formas (económica, emocional, física, cuidados, etc.) y reproducir la fuerza de trabajo, actuaron en la Comuna como detonantes. Fueron las mujeres proletarias las que se enfrentaron a las tropas de línea que intentaron desarmar a la Guardia Nacional el 18 de marzo, provocando la movilización colectiva. Este papel de iniciadoras de revueltas contra la miseria y el hambre es bastante común en la historia (pensemos, por ejemplo, en la Revolución de Febrero en Rusia).

Notemos la clara diferencia existente entre las mujeres de clase obrera y las mujeres pertenecientes a la burguesía. Cinzia Arruzza explica esta diferencia a través de la pieza teatral *Casa de muñecas* de Ibsen. Que el carácter tan brillante del texto nos perdone su extensión:

Escrito en 1879, *Casa de muñecas* de Ibsen llevaba a escena la situación de la mujer burguesa, Nora, forzada a la inutilidad y a la vacuidad de una vida leve e inactiva, a un papel de mero ornamento, en la que las dotes femeninas por excelencia eran representadas por la gracia, la belleza y la condescendencia. Una condición que tenía poco en común con la de la obrera, obligada a unir el trabajo en la fábrica (con jornadas de más de diez horas), a la gestión de una vida familiar plagada de penurias y de partos a repetición. La mujer trabajadora vivía en la mayoría de los casos en una situación contradictoria. Estaba insertada en la producción, era activa laboralmente, pero sin que ello pudiera traducirse en una posibilidad de independencia económica en relación al hombre. De hecho, las mujeres, que por el mismo trabajo llegaban a cobrar la mitad del salario del que recibía un hombre, en la mayor parte de los casos no disponían de los medios necesarios para la propia subsistencia. En esta situación sólo existían dos vías posibles: el matrimonio y la prostitución<sup>26</sup>.

Como vemos, en el mundo burgués aún está muy marcada la distinción entre lo público y lo privado, entre el mundo de los hombres, comerciantes, y el mundo de las mujeres, «ángeles del hogar». En el caso del proletariado, las mujeres son obligadas a cumplir esa doble jornada, esa doble explotación. Las barreras entre lo público y lo privado se difuminan en el caso de las proletarias: la explotación se da tanto fuera del hogar como dentro de este.

Otro aspecto importante si hablamos de la situación de la clase obrera en Francia durante el Segundo Imperio, es el de la vivienda. Como dijimos, los salarios permanecían estancados y los alquileres se dispararon: esto no sólo tuvo como resultado la ya mencionada expulsión del proletariado hacia la periferia, sino también la construcción de infraviviendas, chabolas en las que el proletariado sobrevivía en condiciones de insalubridad y hacinamiento. La falta de espacio contribuyó a que la vida social se llevara a cabo en las calles: el espacio público (calles, tabernas, cafés, cabarés, etc.) se convirtió en centros colectivos de agitación y concienciación política. En el caso de los locales de consumo y ocio la situación es más compleja y tiene su contrapartida. En palabras de Richard Sennet, «cuando el café se convertía en un lugar de discurso entre

---

<sup>26</sup> C. Arruzza, *Las sin parte: matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*, Barcelona, Sylone, 2015, p.31. Arruzza vincula esta liberación en el plano más subjetivo e individual que relata Ibsen con la dificultad a la hora de que las mujeres se vincularan en el seno del movimiento obrero, y, al mismo tiempo, con el recelo con el cual los sindicatos comenzaban a ver al movimiento feminista (el argumento de la devaluación del salario por la entrada de las mujeres en el mercado de trabajo era recurrente, para un análisis más detallado recomendamos *La construcción del ama de casa a tiempo completo y del trabajo doméstico en la Inglaterra de los siglos XIX y XX* de Silvia Federici).

trabajadores, amenazaba el orden social; cuando se convertía en un lugar en el que el alcoholismo destruía el discurso, mantenía el orden social»<sup>27</sup>.

Las comidas en comunidad permitieron reducir costes, mejorar el nivel de nutrición del proletariado, compartir experiencias y trazar lazos de unión entre la clase<sup>28</sup>, lo que suponía un peligro para la clase dirigente. Este sentimiento de comunidad, de arraigo con la historia de una ciudad propia, de un barrio propio, una clase propia, fue parte indispensable de la lucha revolucionaria. Muchos y muchas de las que murieron en el sitio de París por parte del ejército prusiano y después defendiendo la Comuna lo hicieron por esta motivación. Como afirmó el pintor Gustave Courbet, era necesario defender París por lealtad. Pero este sentimiento también jugó en contra de la Comuna. Muchos *communards* prefirieron, durante el asedio, quedarse a defender sus barrios en vez de defender las murallas de la ciudad, proporcionando a las fuerzas de ocupación versallesas un sorprendentemente fácil acceso a la ciudad.

La sensación de nostalgia por todo lo que Haussmann había destruido era común entre la clase obrera francesa. Muchas veces esta nostalgia no pasaba de un lamento reaccionario por un pasado glorioso, como en el caso del monárquico Louis Veillot, cuando escribía: «una ciudad sin pasado, llena de espíritus sin recuerdos, de multitudes sin raíces, montones movibles de escombros humanos»<sup>29</sup>. Ante el espectáculo de la demolición el sentimiento más normal es la nostalgia por lo demolido, de querer, como el Ángel de la Historia en la famosa tesis IX de *Sobre el concepto de historia* de Benjamin, «detenerse, despertar a los muertos y reunir lo destrozado»<sup>30</sup>. Pero esto es imposible. La revolución social debe, en palabras de Marx, «dejar que los muertos sepulsen a los muertos»<sup>31</sup>. Los espíritus no hacen revoluciones, bastante lucharon ya en el pasado como para encima encargarles que hagan nuestro trabajo. Flaubert afirmaría sobre 1848, Lamartine y las barricadas: «para hacer algo duradero, se necesita una base sólida. El futuro nos atormenta, el pasado nos retiene, el presente escapa a la comprensión»<sup>32</sup>. Refugiarse melancólicamente en el pasado, al igual que hacía la vertiente reaccionaria del Romanticismo alemán (encarnada en Rilke y su retorno a la Edad Media) es renunciar a transformar la sociedad. Pero esto no quiere decir que para llevar a cabo una revolución haya que empezar de cero, que borrar las huellas de las revoluciones pasadas. Para eso ya está Haussmann. Una revolución debe valerse del pasado, de su recuerdo, para infundirse de fuerzas. Sin esta tradición, este hilo rojo, es imposible hallar esa fuerza. Tanto organizar una revolución sin mirar hacia el pasado como negarse sintomáticamente a despegarse de este es kamikaze. La revolución no es un acto de nostalgia, es un acto de rememoración. Tanto durante el Segundo Imperio como bajo la Monarquía de Julio (de Orleans) fue común la vigilancia del gobierno de las publicaciones relativas a la Revolución Francesa, unas publicaciones que se agotaban con gran velocidad al ponerse a la venta. En una carta a Kugelmann fechada el 3 de marzo de 1869, apenas dos años antes de la Comuna, Marx escribía:

En Francia se está produciendo un movimiento muy interesante. Los parisinos se han puesto de lleno a estudiar su pasado revolucionario más próximo, con el fin

---

<sup>27</sup> *La caída del hombre público*, citado en D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p.309. Para profundizar acerca del poder destructivo del alcohol en el proletariado remitimos al clásico de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

<sup>28</sup> Una descripción preciosa de esta subjetividad colectiva la podemos encontrar en *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck.

<sup>29</sup> En *ibíd.*, p.336.

<sup>30</sup> En W. Benjamin, *Estética y política*, op. cit., p.146.

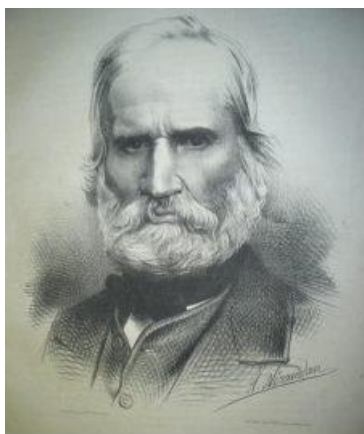
<sup>31</sup> K. Marx, *El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte*, op. cit., p.37.

<sup>32</sup> Citado en D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p.22.

de prepararse para una nueva lucha revolucionaria. [...] Así es como hierve la caldera mágica de la historia<sup>33</sup>.

### 1.3. Ideología de la clase obrera

Creemos que es imposible entender el desarrollo y la táctica de la Comuna sin hablar de las ideologías que sirvieron como vanguardia. Lógicamente es totalmente mecanicista hablar de ideologías en abstracto sin referencia a una práctica, al igual que es idealista y metafísico derivar la experiencia de la Comuna de las concepciones ideológicas de la época. Eso no quita que reconozcamos la importancia de estudiar estas ideologías, ponerlas en balance y contraposición para que su influencia en las medidas tomadas durante este breve periodo de poder proletario se haga más inteligible. Entre las ideologías importantes destacamos el blanquismo y el proudhonismo. Otras ideologías que estaban presentes en la Comuna, pero que no lograron ese papel de vanguardia, fueron el internacionalismo comunista, el romanticismo, el socialismo utópico y el anarquismo.



Louis-Auguste Blanqui

Eterno encerrado (pasó más de la mitad de su vida en prisión, lo que le valió el nombre de *l'enfermé*), siempre enlutado, sus manos cubiertas por guantes a causa de una enfermedad de la piel contraída en los calabozos, vegetariano maniático, Louis Auguste Blanqui fue el mayor exponente de estrategia insurreccional de todo el siglo XIX. La insurrección consiste en un levantamiento pequeño de vanguardia llamado «golpe de mano», que sería secundado por todo el pueblo. Samuel Bernstein habla de tres hipótesis que regían esta estrategia: su carácter ultra secreto, la crisis del sistema revelada en las luchas de influencia en las esferas gubernamentales, y la confianza en que el pueblo se sumase en masa a la vanguardia cuando la insurrección tomase cuerpo<sup>34</sup>.

Al disociar entre por un lado la inteligencia encargada de planear y decretar la insurrección y por otro lado el pueblo encargado de ejecutarla de forma seguidista, Blanqui establece un corte irreconciliable entre teoría y práctica. Estas se convierten en categorías sociales separadas que, al ser aplicadas, demostraron ser erróneas. La revolución no se juega en conspiraciones ni pasillos secretos subterráneos y el pueblo no acude a las armas con un simple toque de trompeta. Este idealismo a la hora de entender la acción política desembocó en un suicidio de los insurrectos en el lamentable intento de golpe de mano del 14 de agosto de 1870, cuando blanquistas comenzaron a gritar «A las armas» y vivas a la República entre la indiferencia de las parisinas y parisinos. En palabras de Eugène Varlin, «antes de llamar al pueblo, es preciso tomarle el pulso con el fin de cerciorarse de que tiene fiebre»<sup>35</sup>.

La táctica fundamental del blanquismo, que estaría presente en cada una de las luchas de clases en el París del siglo XIX, eran las barricadas. Las y los blanquistas, mediante un análisis concreto de las experiencias, lograron perfeccionar el sistema de barricadas para lograr un plan de conjunto que lograra el triple objetivo de estas: «entorpecer a la tropa, sitiarla y protegerse

<sup>33</sup> K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, Barcelona, Laia, 1974, p.89.

<sup>34</sup> S. Bernstein, *Blanqui y el blanquismo*, Madrid, Siglo XXI, 2016, p.3.

<sup>35</sup> Citado en *ibíd.*, p.431.

del fuego de la artillería»<sup>36</sup>. Se construyó una auténtica ciencia de la lucha armada callejera, una arquitectura de las barricadas. El objetivo era prever toda variable: desde las dimensiones de las calles, las alcantarillas, atajos, soportales, intersecciones o el nivel de vida de los habitantes. Cuando París era transformada a golpe de demolición, la arquitectura de la insurrección también iba transformándose.

Su oposición al mutualismo proudhoniano, que suponía la cooptación del proletariado francés en los mecanismos de reproducción de la mercancía, la pérdida de vista del horizonte revolucionario y por ello «la trampa más funesta en la que podía caer el proletariado»<sup>37</sup>, unida a su defensa del materialismo de corte marxista precoz (es decir, un materialismo atea articulado en la crítica de la religión) y su denuncia del positivismo comteano como una teoría reaccionaria que oscurecía el origen de las desigualdades e injusticias<sup>38</sup> granjeó a Blanqui las simpatías del internacionalismo y el marxismo. Marx vio en Blanqui la esperanza de la revolución proletaria en Francia, y concertó reuniones entre Lafargue y él. En una carta, Marx se refería a Blanqui como «la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia»<sup>39</sup>. Blanqui contaba entre sus libros de cabecera con *Miseria de la filosofía*. Mitad por afinidad ideológica, mitad por odio común declarado a Proudhon, la estima entre ambos pensadores era recíproca, aunque nunca pudieron conocerse en persona. Por desgracia para el movimiento revolucionario francés, el chovinismo de Blanqui (materializado en su posición reaccionaria respecto de Italia, o en el defensismo nacional en la guerra francoprusiana<sup>40</sup>), un chovinismo en el que Cappelletti ve remanencias de un «antiguo patriotismo jacobino»<sup>41</sup>, sumado a las carencias estratégicas del blanquismo (Marx se referiría a los conspiradores en 1850 como «alquimistas de la revolución» que improvisan la estrategia revolucionaria y no tienen en cuenta las circunstancias<sup>42</sup>), dio al traste la posibilidad de colaboración entre comunistas y blanquistas hasta ya las últimas décadas del siglo (la unificación de los partidos no fue hasta 1910, con la Revolución ya extinguida en Francia).

En el pensamiento comunista no caben las cábalas sobre «qué habría pasado si...» ni lamentaciones del tipo «os lo dije», tan sólo cabe el análisis material y concreto. En este caso, toca hablar del pensamiento más nocivo para la clase obrera que ha existido jamás en la historia, de una de las personalidades más miserables de todo el siglo XIX. En vez de plantear qué habría ocurrido si esta repugnante influencia hubiera sido extirpada a tiempo, sólo podemos analizarla, concretizarla y explicarla en su contexto e implicaciones. Nos estamos refiriendo, por supuesto, al pensamiento de Pierre-Joseph Proudhon. Proudhon tenía como objetivo el afianzamiento de

---

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p.334. De hecho, uno de los tantos errores de la Comuna fue tener proudhonistas y no blanquistas al mando de la organización de las barricadas.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, 327.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p.296.

<sup>39</sup> En *ibíd.*, p.389.

<sup>40</sup> Ante la invasión prusiana Blanqui cerró filas en torno a la defensa de Francia, llamó al proletariado a la tregua social y a luchar contra la desmembración del país en su periódico *La Patrie en danger*. En el *Segundo Manifiesto del congreso general de la AIT sobre la guerra franco-prusiana*, Marx advertía del error que supuso «dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792», en K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.54.

<sup>41</sup> A. Cappelletti, *Etapas del pensamiento socialista*, Madrid, La piqueta, 1978, p.98. Cappelletti también habla de la influencia ilustrada en Blanqui, quien veía en París la esperanza de Francia y en Francia la esperanza del mundo, una especie de patriotismo cosmopolita kantiano. Además, Blanqui cae de lleno en el idealismo ilustrado de la naturaleza humana (hay un «principio de igualdad esculpido en el fondo del corazón») y la transformación de la sociedad a través de la educación y las luces. *Ibíd.*, p.108.

<sup>42</sup> En W. Benjamin, *El libro de los pasajes*, op. cit., p.620.

la sociedad en una economía a base de pequeños propietarios independientes y autónomos, unificados por el mercado. Su archiconocido *clickbait* «la propiedad es un robo», si vamos literalmente a la segunda página de su libro, en realidad se dirige contra la concentración de bienes y no contra la propiedad privada<sup>43</sup>. Su declarado odio al progreso tecnológico y el avance científico llevaba consigo un nostálgico y retrógrado inmovilismo social, una huida hacia tiempos mejores. En sus escritos habla de una revolución que acontece por medio de un sistema de crédito o un déspota benévolo<sup>44</sup> que impidiera que los grandes propietarios absorbieran a los pequeños, que frenara la tendencia capitalista al monopolio. Es decir, puso su esperanza por un lado en un banco popular que salvara productores independientes y pequeños propietarios, y por otro lado en un Luis Bonaparte, a quien calificó de «revolucionario social en potencia»<sup>45</sup>.

Como brillantemente denuncia Marx, la filosofía de Proudhon es totalmente antidialéctica y sólo puede ser así para justificar su concepción estática y equilibrada de la sociedad. La piedra angular de la filosofía proudhoniana es la antinomia, es decir, una contradicción no resuelta entre dos principios o conclusiones, considerados ambos verdaderos. La dialéctica no se resolvía en una superación de los contrarios a través de la lucha [*Aufheben*] sino en una reconciliación basada en extraer lo positivo de cada parte. Llevado a la política, esto se traduce en el ya citado mutualismo, un sistema de intercambios «voluntarios» interclasistas regidos por la libre empresa y en la reconciliación de todas las clases sociales<sup>46</sup>. Tras su visita fallida al emperador en Morny y al Príncipe imperial, llevó a cabo su primer intento de banco mutualista bajo el patrocinio del economista liberal Bastiat. En el eje del esquema ideológico de Proudhon siempre está la pequeña burguesía, artesanos y pequeños propietarios pero, gracias a su fraseología revolucionaria e incendiaria<sup>47</sup>, logró atraerse a grandes capas del proletariado (además, por supuesto, de ese artesanado en vías de proletarización cuya fuerza de trabajo se había abaratado, como hemos analizado anteriormente). Si la Comuna se negó a tomar la Banca central de París la misma mañana que el Hôtel-de-Ville (Ayuntamiento) amaneció con la bandera roja, si se perdió un tiempo valiosísimo en negociar préstamos vergonzosamente racaneados, fue gracias a la influencia de proudhonianos en el gobierno. Si el Romanticismo se convirtió en Francia en una recuperación nostálgica y reaccionaria de un pasado que no va a volver y no siguió los pasos de Heine y Novalis en Alemania (entendido como vía para transformar la realidad, vinculándose a la izquierda hegeliana) fue, en parte, gracias a la influencia proudhoniana en la teoría francesa.

Para acabar de redondear esta crítica teórica, queremos referirnos a aspectos en apariencia más superficiales pero que en el fondo dan cuenta de la miseria teórica de Proudhon y lo ponen al descubierto. La sola comparación con los posicionamientos de Marx (incluso con

---

<sup>43</sup> P.J. Proudhon, *¿Qué es la propiedad?*, Barcelona, Diario Público, 2010, p.2. Proudhon continúa de forma muy explícita: «tranquilízate, lector; no soy, ni mucho menos, un elemento de discordia, un instigador de sediciones».

<sup>44</sup> *Ibid.*, p.92.

<sup>45</sup> En su obra *La Révolution sociale démontrée par le coup d'Etat* (1852). En palabras de Albert Ollivier, en tono de halago: «convencido desde 1848 de la estupidez de las masas, persuadido de la inercia de los franceses, Proudhon se volvió hacia las altas esferas intentando poner en movimiento al emperador y luego a su sobrino, el príncipe Bonaparte, pero ni el uno ni el otro le escucharon seriamente», A. Ollivier, *La Comuna*, op. cit., p.55.

<sup>46</sup> Ollivier diría de él (el tono de halago persiste) que se encuentra «a la vez desolidarizado materialmente de todas las clases y solidario espiritualmente de cada una de ellas», *ibid.*, p.44

<sup>47</sup> En una carta a Herr Schweitzer fechada en 1865, Marx afirmaba: «a los charlatanes sólo les queda un acicate: la vanidad, el éxito momentáneo, la sensación», en K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Santiago de Chile, Providencia, 2013, p.312.

sus limitaciones) sobre estos temas harían sentir vergüenza ajena a cualquier revolucionaria honesta. Proudhon apoyó a los propietarios de esclavos americanos<sup>48</sup>, se mostró sistemáticamente hostil a los movimientos de liberación nacional<sup>49</sup>, era radicalmente antisemita (precisamente en su respuesta a *Miseria de la filosofía* de Marx escribió: «el judío es el enemigo de la raza humana. Habría que devolver esa raza a Asia o exterminarla [...]. Los judíos deben desaparecer, ya sea en el fuego, fundiéndose, o expulsados. *Es el trabajo que se ha de hacer*»<sup>50</sup>), clasista (apoyó la Ley Ollivier que ilegalizaba las organizaciones obreras, cargó contra las huelgas y sindicatos, sostuvo la necesidad de alejarse de las masas, «a quienes la reflexión les repugna y tan sólo se guían por su instinto»<sup>51</sup>) y, por supuesto, era misógino: consideraba que las mujeres que trabajaban fuera del hogar no se diferenciaban de las prostitutas ya que «el reinado de la mujer está en la familia, la esfera de su irradiación es el domicilio conyugal»<sup>52</sup>. Gracias a la gran influencia de Proudhon en la I Internacional la participación de las mujeres en esta ni siquiera se previó. Arruzza describe a Proudhon como «el más perfecto de los misóginos»<sup>53</sup>. Ni una coma que añadir.

Las ideas que estaban presentes en el proletariado parisino eran, bien un blanquismo que, en palabras de Engels era «socialista por instinto revolucionario y proletario»<sup>54</sup>, bien un proudhonismo vinculado al socialismo utópico. La primera línea asumió en los momentos clave de la insurrección el papel de vanguardia, llevando al proletariado parisino a lograr disponer de un Estado y crear nuevas relaciones de producción, a luchar por la emancipación del trabajo y por el comunismo. Con sus fracasos, errores, dudas, discusiones y avances, el proletariado se sostuvo en el poder durante dos meses. Pero hizo mucho más que sostenerse: logró, en ese periodo, más conquistas sociales, políticas y económicas que en el último medio siglo. De esa forma, hizo suya una de las lecciones universales del marxismo, aquella que pronunció Marx en la primera asamblea de delegados de la Primera Internacional el 28 de septiembre de 1864: «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

---

<sup>48</sup> Véase sus *Cartas al ciudadano Rolland*. Comparemos con las cartas de Marx a A. Lincoln.

<sup>49</sup> En *El principio federativo*. Comparemos con los textos de Marx sobre Irlanda.

<sup>50</sup> Citado en M. Berman, *Aventuras marxistas*, Madrid, Siglo XXI, 2016, P.160. La cursiva es de Proudhon. Comparemos con *La cuestión judía* de Marx.

<sup>51</sup> En A. Ollivier, *La Comuna*, op. cit., p.54. Comparemos con *El capital* de Marx o *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels.

<sup>52</sup> En *Carnets II* y *La pornocracia, o las mujeres en los tiempos modernos*. Comparemos con las posiciones acerca de las mujeres defendidas en *El manifiesto comunista* o *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels.

<sup>53</sup> C. Arruzza, *Las sin parte*, op. cit., p.70.

<sup>54</sup> Engels, prólogo de K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.23.

## 2. La Comuna.

*«Los proletarios de París –decía el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo–, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el Poder". Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y debe servirse de ella para sus propios fines».*

K. Marx<sup>55</sup>

### 2.1. Antecedentes

El año 1870 fue crucial para el régimen imperial de Luis Bonaparte, Napoleón III. La oposición había crecido en las elecciones de 1869 a la par que su prestigio disminuía, debido a sus medidas imperialistas de política exterior (fracaso en su intento de anexionar Luxemburgo y Bélgica, humillación en la segunda intervención en México) y sus medidas represivas de política interior (los delitos por sedición se dispararon y se produjeron miles de detenciones en decenas de ciudades, además de la prohibición de periódicos). La opinión pública se conmovió profundamente con el asesinato en enero de 1870 del periodista Victor Noir a manos de Pierre Bonaparte, primo del emperador, de un disparo en el corazón. «París en pleno recibe el tiro»<sup>56</sup>. 200.000 personas se manifestaron en la capital el día de los funerales, para exigir el fin del Segundo Imperio, manifestaciones que terminaron en disturbios que duraron días<sup>57</sup>. También en enero de 1870, los obreros de Le Creusot se declararon en huelga (su presidente, Eugène Schneider, también presidente de la Cámara Legislativa, era el ejemplo perfecto de las estrechas relaciones entre la gran industria y el Imperio). Los diputados de izquierda se negaron a apoyar la huelga, dando cancha a un régimen moribundo que insistía en seguir hundiéndose en el fango: como medida para granjearse fama y recuperar la popularidad perdida, Napoleón III declara la guerra a Prusia, cayendo directamente en la trampa del telegrama de Ems.

La guerra franco-prusiana estalla en julio de 1870, y será un paseo para el ejército germano, que llevará la iniciativa durante toda la contienda. El plan francés inicial termina en una huida a Metz y en un posterior asedio. En sólo un mes Bismarck llega a las puertas de París, declarando el estado de sitio y convirtiendo una guerra que prometía ser expansionista en un problema de defensa nacional para Francia. Adolphe Thiers, que comenzó siendo uno de los impulsores de la guerra franco-prusiana para luego terminar renegando de su beligerancia y pidiendo un armisticio, centró todos sus esfuerzos en defender la capital abandonando el resto de Francia. A finales de agosto afirmaría: «al amparo de las grandes obras de fortificación [de

<sup>55</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.88.

<sup>56</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.41.

<sup>57</sup> El hecho de tener a 200.000 personas en las calles y únicamente ser capaz de organizar una lúgubre manifestación que se disolvió nada más llegar a los Campos Elíseos, da buena cuenta de la inoperancia y división del movimiento revolucionario. En el fondo, nadie sabía qué hacer con esas fuerzas.



las que él mismo había sido promotor] que protegen la capital, París puede oponer al enemigo una resistencia invencible»<sup>58</sup>. Días después llega la noticia de la capitulación del emperador en Sedán, el 2 de septiembre de 1870. Napoleón III, junto a su ejército compuesto de 120.000 efectivos, era capturado tras dos días de asedio<sup>59</sup>. El Imperio francés caía como un castillo de naipes. A pesar de la censura, la noticia rompió todos los diques en la capital. La agitación comenzó en los barrios populares y se propagó convirtiéndose en una inmensa riada de parisienses que entró en la Cámara a gritos de «¡Viva la República!» y «¡Abajo el Imperio!». La tropa llamada para hacer evacuar la Asamblea no actuó, ya sea por simpatías con el pueblo, o porque vieran la causa perdida. Los diputados imperiales intentaron calmar los ánimos pero se vieron acorralados y desbordados. Había que ceder. Mediante una estratagema, lograron vaciar la Cámara insistiendo en que, según la tradición, toda proclamación debía realizarse en el Ayuntamiento, el *Hotêl-de-Ville*. Cuando los diputados llegaron a este, seguidos por la multitud, ya ondeaba la bandera roja en el edificio. Blanquistas y neojacobinos se habían adelantado. La Tercera República fue proclamada, y el Segundo Imperio llegaba a su fin.

La primera medida del nuevo gobierno republicano es instituirse como gobierno provisional de defensa nacional. La lucha de poder comienza en el minuto cero: monárquicos, republicanos, reaccionarios, socialistas o simplemente arribistas como Thiers formaban parte de este gobierno. Este último fue enviado de gira por Europa para recabar apoyos contra Bismarck. En el imaginario colectivo francés la nueva República era una especie de Comité de Salvación Pública que plantaba cara a la invasión bélica prusiana. El discurso de defensa nacional (recordemos *La Patrie en danger* de Blanqui<sup>60</sup>) se extiende por todo el territorio francés. En el París sitiado por el ejército prusiano se reorganiza y arma un cuerpo que tendrá una importancia crucial durante la Comuna: la Guardia Nacional, dentro de la cual el proletariado era una gran mayoría. París, hambriento, armado, atrincherado, se convertía en la única fuerza de resistencia contra un ejército extranjero que había llegado a desfilar hasta en el Campo de Marte. En palabras de Lissagaray: «¡Pobre Francia! ¿Quién pugna por salvarte de la invasión? El humilde, el trabajador, el que, desde hace tantos años, lucha por rescatarte del Imperio»<sup>61</sup>. Louis Jules Trochu, gobernador de París, calificaba de locura el intento de París de resistir el asedio. La sola posibilidad de que París resistiera exitosamente el asedio, únicamente con la fuerza del proletariado, preocupaba más al gobierno republicano francés que al ejército prusiano. En palabras de Marx:

«El triunfo de París sobre el agresor prusiano hubiera sido el triunfo del obrero francés sobre el capitalista francés y sus parásitos dentro del Estado. En este conflicto entre el deber nacional y el interés de clase, el gobierno de la defensa nacional no vaciló un instante en convertirse en un gobierno de la traición nacional»<sup>62</sup>.

Thiers regresó de Europa con una humillante propuesta de armisticio, que incluía la cesión de Alsacia y Lorena, cinco mil millones de francos, la ocupación de los fuertes del Este y parte de la ciudad de París. La República suplicaba terminar con la guerra. Esta propuesta fue

<sup>58</sup> Citado en A. Ollivier, *La Comuna*, op. cit., p.121.

<sup>59</sup> Estos 120.000 soldados convertidos en prisioneros serán los mismos que, conforme son liberados, compondrán las fuerzas de choque reaccionarias que aplastarán la Comuna.

<sup>60</sup> «La política de Blanqui después del 4 de septiembre se distinguía difícilmente de la de sus enemigos de la víspera», S. Bernstein, *Blanqui y el blanquismo*, op. cit., p.348.

<sup>61</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.23.

<sup>62</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.58.

rechazada con gran hostilidad por el pueblo: el 31 de octubre de 1870 batallones obreros tomaban espontáneamente el Ayuntamiento y capturaron miembros del gobierno. Se eligen nuevos representantes por aclamación, entre los que están Blanqui, Charles Delescluze o Victor Hugo. La represión comienza, y esta revuelta no pasa de una intentona. Sólo Blanqui permanece en el puesto hasta el final, lo que le cuesta una nueva detención. El gobierno logra calmar las aguas prometiendo unas elecciones municipales y desarmar a los batallones obreros más tercios mediante un ataque sorpresa. En palabras de Lissagaray, al mismo tiempo que se firma la rendición el gobierno «se limita a gritar ¡Nada de motines ante el enemigo! ¡Nada de exaltados! Como si valiese más una capitulación que un motín»<sup>63</sup>. Los documentos que el gobierno republicano abandonó en su precipitada huida a Versalles al estallar la Comuna meses después, demostraron que el plan de capitular existía ya el 4 de septiembre. Es decir, el mismo día que se proclama la República, el gobierno tenía la intención de rendir París a Prusia. Si hubieran tenido un ápice de honestidad y dignidad, afirma Marx, habrían invitado al pueblo, bien a rendirse, bien a tomar su destino en sus manos. En vez de eso, se llenaron la boca hablando de fortificaciones, de no ceder un palmo de terreno, y «curaron la locura heroica de París con un tratamiento de hambre y cabezas rotas»<sup>64</sup>.

París aguantó durante ciento treinta y un días el asedio más duro de todo el siglo XIX. Tras bajadas a las alcantarillas para cazar ratas para comer, episodios de canibalismo con cadáveres, enfermedades por consumir agua estancada, comidas de una masa negra en vez de pan. Finalmente la ciudad capituló el 28 de enero de 1871, vencida por el hambre. La conocida expresión «el pueblo tiene a los gobernantes que se merece» nunca ha sido tan injusta. Es una constante en todo el siglo XIX francés que los dirigentes de vanguardia no le lleguen a la suela del zapato al proletariado, un proletariado incombustible, heroico, disciplinado y sacrificado. La situación era desoladora: París no había capitulado, había sido entregada. Había aceptado todo: frío, hambre, peste, asaltos, todo menos la rendición. El ejemplo que el proletariado parisino había dado al mundo entero era tan fuerte que, afirma Engels, el ejército prusiano no se atrevió a humillarlo mediante una entrada triunfal tras la capitulación, sino que se limitó a ocupar una zona retirada, llena de parques. «Los obreros armados de la capital – seguía Engels – montaban guardia celosamente para evitar que ningún prusiano traspasase los estrechos límites del rincón cedido a los conquistadores extranjeros. Tal era el respeto que los obreros de París infundían a un ejército ante el cual habían rendido sus armas todas las tropas del Imperio»<sup>65</sup>. Aquí residió una de las claves del estallido de la Comuna en marzo: la Guardia Nacional y su recién constituido Comité Central, engrosados por el proletariado, se negaron a entregar las armas tras la capitulación, ante la preocupación del gobierno republicano de Thiers (que, combinando habilidad y falta de escrúpulos en sus principios, se había convertido en jefe del gobierno<sup>66</sup>). Si París logró resistir tanto tiempo el asedio fue porque la defensa no la realizó un ejército regular sino un ejército obrero. Como afirmó Marx, París en armas era la revolución en armas. La preocupación del gobierno reaccionario crece, y las tensiones aumentan. El 2 de marzo de 1871 se descapitaliza París. El 13 las autoridades militares intentan arrestar, en vano, a varios miembros del Comité Central (entre los que destacará Duval). La madrugada del 18 de marzo, Thiers enviaría a su ejército a desmantelar el atrincheramiento de la colina de Montmartre, y

<sup>63</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.65.

<sup>64</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.59.

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p.17 (prólogo).

<sup>66</sup> Lissagaray diría de él que «estuvo siempre en todas partes donde hizo falta un liberal para ametrallar al pueblo», H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.83. Si hubiera justicia proletaria en el mundo, ese sería su epitafio.

requisar los cañones que allí guardaba el Comité Central. El ejército llega con relativa facilidad a las piezas de artillería, pero una vez allí es rodeado. «Las primeras que se lanzaron – afirma Lissagaray – fueron las mujeres, lo mismo que en las jornadas de la Revolución. Las del 18 de marzo, curtidas por el sitio (les había correspondido doble ración de miseria) no esperaron a los hombres»<sup>67</sup>. El general Lecomte ordena abrir fuego contra el pueblo, pero los soldados se niegan. Deponen sus armas, confraternizan con el pueblo y detienen al general. Horas después, el general es fusilado por sus propios soldados. En otros puntos de la capital se levantan batallones federados; en los barrios la gente arranca los adoquines. Comienza una desbandada general de los soldados, totalmente desbordados, y Thiers hace un llamamiento civil desesperado a combatir para evitar que «las doctrinas comunistas lleven a París al saqueo y a Francia a la tumba». Nadie acude al llamamiento y el gobierno se repliega en dirección al Campo de Marte. Allí decide evacuar París, incluso los fuertes del Sur, y marchar en dirección Versalles para rehacer el ejército<sup>68</sup>. El general Vinoy, en su huida a Versalles, se lleva regimientos y artillería. Los diputados burgueses abandonan el Hôtel-de-Ville, que empieza a ser rodeado por la gente. Se manda encender el alumbrado de gas e izar la bandera roja en la torre. La Comuna es un hecho. La evacuación de las fuerzas reaccionarias deja al Comité Central como único dueño de París.



## 2.2. Organizando el poder

Una de las lecciones más valiosas que nos ha dado la historia revolucionaria de nuestra clase es que tomar el poder no es sinónimo de hacer la revolución. El poder no se toma, se construye: en el momento en el que el proletariado parisino luchaba contra el enemigo imperial – francés o prusiano –, en el momento en el que resistía el asedio, se forjaba la unidad de clase a través de la lucha, se construía un nuevo poder armado que iba creciendo en el seno de lo viejo. La victoria proletaria del 18 de marzo es únicamente una cristalización fija de esta lucha, no es ni el principio ni el final de la lucha de clases. El proletariado cuenta ahora con la maquinaria de represión del Estado, sí, pero esto no quiere decir que ya se haya vencido, que todo esté hecho. De hecho, la tarea sólo ha comenzado. No se trata únicamente de tomar posesión de esta maquinaria, sino servirse de ella, como afirma Marx en la cita que abre esta sección. Servirse de esta maquinaria para destruir la sociedad de clases: «la revolución en

<sup>67</sup> *Ibíd.*, p.102. Con las «jornadas de la Revolución» Lissagaray se refiere a 1848.

<sup>68</sup> Esta idea tiene su historia: rehacer el ejército en Versalles es una antigua idea girondina que fue propuesta por Marmont a Carlos X, *ibíd.*, p.104.

Francia deberá señalarse como objetivo la destrucción del aparato burocrático militar y no, como ha sucedido hasta ahora, hacer que pase de unas manos a otras»<sup>69</sup>, afirmaría Marx en abril. La revolución no es un hecho estático que acontece en un día, sino un proceso. Este es el significado de la conocida cita de Lenin, «la revolución no se hace, se organiza».

El Comité Central no espera esta nueva coyuntura, y se paraliza ante el abismo que se abre ante él. Es el momento de la iniciativa, de la dirección veloz y las decisiones rápidas, y el Comité pierde un tiempo crucial en firmar documentos, instituir formalmente el gobierno y comenzar debates parlamentarios de cara a las elecciones. El nuevo gobierno revolucionario parecía no tener una conciencia exacta de sus responsabilidades, y de la gravedad de la situación. El poder le quemaba en las manos, y sólo buscaban delegar y acabar con el estado de excepción. Su parálisis de acción permitió a la reacción no sólo escapar de París sino llevarse armas con toda tranquilidad. «La menor demostración de los federados – escribe Lissagaray – hubiera detenido aquel éxodo. Lejos de cerrar las puertas, el nuevo comandante de la Guardia Nacional dejó libres al ejército todas las salidas y aún se vanaglorió de ello ante el consejo de guerra»<sup>70</sup>. Las voces minoritarias como la de Duval, que pedían al gobierno perseguir al ejército en retirada y disolver la Asamblea Nacional, no fueron escuchadas. La explosión general de entusiasmo que aconteció cuando el enemigo huyó de la capital por un puente de plata barrió la percepción del peligro e hizo invisible la «muerte que rondaba entre París y Versalles»<sup>71</sup>.

El primer problema al que se enfrentó el Comité Central al instituirse como nuevo gobierno fue de corte económico: trescientas mil personas sin trabajo y sin recursos de ninguna clase tenían que comer. La medida que se tomó para resolverlo fue enviar delegados al Banco de Francia para negociar un préstamo. Sorprendentemente, la Comuna no se hizo con el control del Banco ante el alivio de su director. Cuando llegan los delegados federados, este pronuncia estas palabras: «el Banco, al día siguiente de cualquier cambio de régimen, debe acudir en ayuda del poder nuevo. Yo no tengo por qué enjuiciar los acontecimientos. El Banco de Francia no hace política»<sup>72</sup>. Los delegados se llevaron un préstamo de un millón de francos en billetes. En todo momento las relaciones entre el Banco y la Comuna fueron cordiales y amistosas. Por parte del Banco sin duda se debió al miedo de ver peligrar su poder económico; por parte de la Comuna se debió, como ya hemos mencionado, a la influencia que las ideas de Proudhon tuvieron en las medidas económicas que se llevaron a cabo. Si dejamos hablar a Engels:

Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que la Comuna se detuvo respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue éste además un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que diez mil rehenes<sup>73</sup>.

Esta moderación fue un punto común en todo el desarrollo del nuevo poder. Ya desde que se apuesta por la Federación, la negociación con las provincias (que utilizaban este pretexto para unirse contra la capital), la misma apertura de puertas para que el enemigo capitulador pudiera escapar de la capital, y podemos encontrar muchísimos ejemplos similares. Incluso ya en la guerra civil abierta contra el ejército versallés de Thiers podemos ver que los y las federadas se guiaron siempre por criterios morales y humanos, frente a la falta de escrúpulos de los

<sup>69</sup> K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, op. cit., p.128.

<sup>70</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.108.

<sup>71</sup> *Ibíd.*, p.110.

<sup>72</sup> *Ibíd.*, p.120.

<sup>73</sup> En K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.24.

reaccionarios. De hecho, el único argumento que los reaccionarios afincados en Versalles pudieron esgrimir para sostener el carácter violento del pueblo armado de París fue el fusilamiento de dos generales, el ya mencionado Lacomte y el general Thomas, el mismo día 18. Lacomte fue fusilado como represalia por mandar disparar sobre el pueblo, Thomas por incumplir su palabra de convocar elecciones y combatir a la Guardia Nacional en medio de una invasión extranjera. Como se ve, en ningún caso hubo arbitrariedad: el odio que sembraron fue pagado con las balas de su propio ejército. Siempre es más fácil denunciar la violencia de respuesta que hace saltar el resorte que denunciar la violencia invisible y estructural a la que el pueblo es sometido durante años. Cuando la Comuna estalla el 18 de marzo, el pánico se extiende como una mancha de tinta sobre papel entre los reaccionarios de París. «Para ellos – escribe Marx – era la señal de la venganza popular, que por fin llegaba. Ante sus ojos se alzaron los espectros de las víctimas asesinadas por ellos desde las jornadas de junio de 1848 hasta el 22 de enero de 1871»<sup>74</sup>. Este miedo ante la profecía bíblica de que las últimas pudieran llegar a ser las primeras, miedo ante una violencia de respuesta que devolviera una ínfima parte de lo que el pueblo había padecido en represión, asedios, miseria, hacía estremecer hasta al último de esas «gentes de orden». La revolución permitía que el pasado pudiera exigir sus derechos, traía el momento de *tikkun* como redención, devolvía a la vida a las muertas y convertía al proletariado que lucha en «clase vengadora, que en nombre de las generaciones vencidas, lleva hasta el final la obra de la liberación» y, al mismo tiempo, en «sujeto del conocimiento histórico»<sup>75</sup>. «La sombra está viva, el cadáver sangra todavía»<sup>76</sup>. En cuanto violencia explícita y represión por parte de la Comuna se refiere, este miedo fue infundado. La excesiva magnanimidad que tuvo la Comuna con los reaccionarios terminó por salir cara.

El ejército reaccionario de Versalles interpretó falsamente la facilidad con que habían logrado escapar de París con la debilidad del nuevo poder comunal. Creyó falsamente que no habían sido detenidos y reprimidos porque la Comuna no dispuso del poder suficiente (minusvalorar y despreciar a los ejércitos populares frente a los ejércitos regulares es una constante que el imperialismo ha pagado muy cara a lo largo de la historia), y con esta idea Thiers ideó un plan. Este se llevó a cabo el 22 de marzo, y consistió en organizar una manifestación exaltada y pretendidamente pacífica para derrocar el nuevo gobierno. Se compuso casi exclusivamente de las personas más distinguidas y pudientes de París, que aún no habían abandonado la capital. Tras golpear y maltratar a varios guardias nacionales que esperaban órdenes, llegando a asesinar a dos de ellos y dejando gravemente heridos a nueve, llegaron a la plaza Vendôme (posteriormente se hablará de esta plaza) al grito de ¡muera los asesinos, viva la Asamblea Nacional! La Guardia Nacional disparó una ráfaga al aire y esto valió para disolver la manifestación, que huyó despavorida dejando caer en los adoquines revólveres, puñales y bastones de estoque. Este hecho cambió el punto de vista que Thiers tenía del nuevo gobierno revolucionario: «por vez primera empezaba a creer Thiers que aquellos revoltosos que sabían reprimir un motín podrían ser acaso un gobierno»<sup>77</sup>.

Después de esta intentona, la Comuna de París cometió por omisión un error decisivo, que marcaría el curso de los acontecimientos: no marchar ese mismo día sobre el indefenso Versalles, dejar tiempo a Thiers y a los «rurales» para reconstruir un ejército y seguir conspirando y maquinando contra la capital. Si las fuerzas obreras de la capital hubieran

<sup>74</sup> *Ibíd.*, p.81-82.

<sup>75</sup> Tesis XII sobre el concepto de historia, en W. Benjamin, *Estética y política*, op. cit., p.150.

<sup>76</sup> E. Bloch, *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, Madrid, La balsa de Medusa, 2002, p.90.

<sup>77</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.128.

marchado sobre el ejército en retirada, si les hubieran perseguido hasta Versalles y hubieran llevado el combate hasta allí, las provincias no habrían tenido nada que hacer para detener la revolución de la capital. En vez de esto, reinó la cordialidad y las buenas intenciones. Se permitió que el partido del orden de Thiers se presentara a las elecciones del 26 de marzo, y fueron derrotados. Los representantes de este partido pronunciaban «blandas palabras de conciliación con sus demasiado generosos vencedores, mientras en su interior hacían el voto solemne de exterminarlos en el momento oportuno»<sup>78</sup>. De esta forma luchaban por ganar tiempo para la reacción.

El Comité Central, funcionando ya como gobierno<sup>79</sup>, había llevado a cabo medidas de urgencia para paliar la grave situación en la que se encontraba París. Los consejos de guerra se abolen, se amnistían todos los delitos políticos y se prohíbe la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad, que serían retornados a sus propietarias, y se ordena la clausura de las casas de empeño (el empeño de bienes, lógicamente, había sido un medio de vida durante el asedio prusiano y la época de crisis, y había permitido lucrarse a usureros). También se abolen las deudas, se hace un registro de fábricas y talleres cerrados y se planifica que sean gestionados por cooperativas obreras, se suprimen las agencias de colocación (que durante el Segundo Imperio se habían convertido en lugar de enchufismo) se prohíbe el trabajo nocturno en las panaderías, se fija el precio del pan y por vez primera en la historia francesa el gobierno trata directamente con sindicatos. Además, se prohíbe a los propietarios despedir a sus inquilinas hasta nueva orden, se suspende el pago de alquileres, se reutilizan las casas vacías para alojar a quienes no tienen techo, se ponen pensiones para las viudas. De esta forma, el Comité Central pone su atención en los problemas más acuciantes de la clase obrera: trabajo y vivienda. Además, en aspectos más organizativos, se impone un salario máximo para los miembros de la Comuna, fijado en 6.000 francos, y se convierten en revocables en cualquier momento. Se abole el servicio militar obligatorio y el ejército permanente, declarando como única fuerza armada la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todas las ciudadanas y ciudadanos capaces de empuñar un arma. En tema educativo, se impone la instrucción gratuita, laica, integral y universal, así como la eliminación de símbolos religiosos en la escuela, se eliminan todas las partidas presupuestarias estatales consignadas con fines religiosos, se declaran propiedad nacional todos los bienes de la Iglesia y, de esta forma, se decreta la separación entre la Iglesia y el Estado. Puede parecer sorprendente que todas estas medidas se aprueben, literalmente, en días, pero si atendemos a cualquier revolución proletaria de la historia encontramos avances similares e incluso superiores. La realidad es que el gobierno proletario pudo hacer mucho más si hubiera tomado un par de decisiones clave: la nacionalización de la Banca, la detención a tiempo de contrarrevolucionarios, funcionarios y capitalistas. Sobre el gran error de no marchar inmediatamente sobre Versalles, quizás se podría contraargumentar: probablemente los reaccionarios se hubieran replegado sobre Fontainebleau, y se habría convertido en un mero desplazamiento del enemigo. Pero es algo que no ocurrió porque ni siquiera se puso en esa coyuntura a las fuerzas reaccionarias. De todas formas, sobraron las oportunidades para desarmar y neutralizar al enemigo contrarrevolucionario<sup>80</sup>.

<sup>78</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.84.

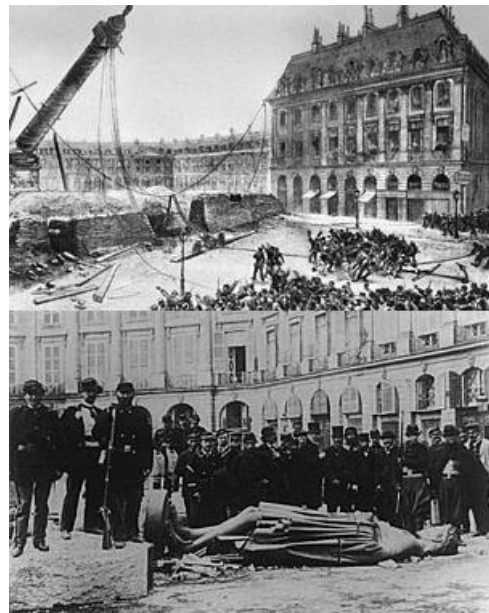
<sup>79</sup> El gran acierto del Comité fue no disolverse después de las elecciones, y seguir siendo el órgano de unión entre Guardia Nacional y el pueblo.

<sup>80</sup> La coyuntura revolucionaria exigía una mayor audacia a la hora de reconocer y aprovechar las oportunidades. En palabras de Lissagaray: «La Comuna del 71, mucho mejor armada que la del 93, cuenta con más de sesenta mil personas aguerridas, millares de fusiles, mil doscientos cañones, cinco fuertes, un

La Comuna de París fue un gobierno obrero, el gobierno de una clase obrera acostumbrada a una disciplina de trabajo absoluta, a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir en condiciones adversas, a combatir en guerras y resistir asedios. Y esto fue patente en la extrema seriedad con la que el proletariado se tomó la defensa de París. Los periódicos de todo el mundo daban como buena la versión de Versalles y veían en la Comuna a un atajo de vándalos y bandidos que imponían el caos y destrozaban la ciudad a golpe de saqueos y motines. Pero quienes venían a visitar la capital se sorprendían de la extraña calma que reinaba (destacamos al periodista inglés John Russel Young, que escribió para el *New York Standard* no haber visto una ciudad más tranquila). Esta disciplina que el proletariado francés asumió sin ambages se refleja en una preciosa historia: la Internacional envió a París desde Londres a un representante, Serailier, para que informara de la situación en la capital francesa. Este escribió: «lo más sorprendente es que todos están en sus puestos como si fuera la cosa más natural del mundo»<sup>81</sup>.

Esta disciplina tuvo su recompensa a modo de ejemplo: otras ciudades francesas vieron en París el faro de la lucha revolucionaria y se declararon en insurrección, proclamando la Comuna. Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Marsella, Toulouse, Narbona, Limoges. La duración de todas ellas fue de días, y demostraron la incapacidad de la vanguardia para organizar una revolución. En palabras de Lissagaray: «las revueltas de las ciudades se extinguían, una tras otra, como los cráteres laterales de un volcán agotado. Los revolucionarios se mostraron en todas partes completamente desorganizados, impotentes para empuñar el poder. Vencedores en todas partes en el primer choque, los trabajadores no habían sabido hacer otra cosa que gritar “¡Viva París!”. Por lo menos, demostraban su corazón y su arrogancia, y que ochenta años de dominación burguesa no habían podido transformarlos en un pueblo de mendigos»<sup>82</sup>.

Queremos dedicarle también un pequeño lugar al aspecto simbólico de la Comuna de París. El sentimiento de restañar las injusticias del pasado siempre estuvo presente, y este se escenificó en actos públicos con carácter solemne. Se volvió a utilizar el calendario decimal revolucionario, utilizando el imaginario político de la revolución como apertura de los nuevos tiempos, como la vuelta a un tiempo lleno de acontecimientos opuesto al tiempo vacío y mecánico, convertido en sucesión de momentos cuantificables. Esta idea de abolir el tiempo es recurrente, podemos verla en la Revolución de 1830, cuando se comienza a disparar en distintos puntos de la capital parisina sobre los relojes de los campanarios. Benjamin recoge esto a través de un testigo que escribe: «se dice que un nuevo Josué, irritado con el tiempo, al pie de cada torre, dispara a los relojes para detener el día»<sup>83</sup>. Los



Derribo de la Columna Vendôme

cercos de fortificaciones, municiones para varios años, millones de francos si quiere. ¿Qué le falta para vencer? Un poco de instinto», en H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.182.

<sup>81</sup> Citado en S. Bernstein, *Blanqui y el blanquismo*, op. cit., p.366.

<sup>82</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.179.

<sup>83</sup> Tesis XV, en W. Benjamin. *Estética y política*, op. cit., p.154. En la Biblia, Josué le pide a Dios detener el sol para seguir combatiendo contra sus enemigos. Esta misma idea también está en el precioso cuento de Borges *El milagro secreto*.

viej os símbolos de represión fueron destruidos en ceremonias públicas. La guillotina, herramienta de ejecución durante el Segundo Imperio, fue quemada ante la alcaldía del distrito XI. La columna Vendôme, de 44m de altura y coronada por una estatua de Napoleón I ataviado de general romano, fue demolida. Luis Napoleón III mandó erigir la columna como representación de la gloria imperial, convirtiéndose en un monumento dedicado a la barbarie, al militarismo y al imperialismo. Treinta años antes el poeta alemán Heinrich Heine profetizaba el destino de esta columna si el proletariado tomaba el poder: «ya una vez la tormenta arrancó de la cima de la columna Vendôme al hombre de hierro erguido sobre su fuste, y en caso de que los socialistas llegasen al gobierno podía ocurrirle el mismo accidente por segunda vez, o bien el ansia de igualdad radical sería capaz de derribar toda la columna, con el fin de que ese símbolo de gloria fuese por entero descuajado de la tierra»<sup>84</sup>. Tras la Comuna, el pintor Gustave Courbet fue responsabilizado de la demolición y obligado a pagar su restauración, lo que ocasionó su ruina. Para una exposición más detallada de estos aspectos simbólicos durante la Comuna remitimos al magnífico libro de Kristin Ross<sup>85</sup>.

### 2.3. Defender la Revolución

En Versalles, las hostilidades crecen. Thiers se esforzaba por aislar París a golpe de rumor mientras que formaba un nuevo ejército con los residuos del viejo y los soldados prisioneros que volvían por goteo de Alemania, que habían sido encarcelados en Sedán. Se envió a Jules Favre a intentar dar lástima a Bismarck para recuperar prisioneros, y dio resultado: el apoyo de Prusia a Versalles para la represión del proletariado parisino fue total, e incluso Thiers estuvo a punto de aceptar que Bismarck se pusiera al mando de esta (esta muestra de «internacionalismo» burgués habría dejado a la Comuna como único representante de Francia). El éxodo de los ricos doblemente derrotados, en las elecciones y en su intentona de manifestación, hacían crecer la cólera. El primero de abril Thiers anuncia oficialmente la guerra entre delirios de grandeza, y la izquierda de las provincias aplaude esta medida traicionando la causa obrera. Ese mismo día comienzan a lanzarse obuses sobre la ciudad de París, que serán ya una constante. En 1840, Thiers había afirmado: «es calumniar a un gobierno, cualquiera que este sea, suponer que trate de sostenerse bombardeando la capital»<sup>86</sup>. Treinta y un años después él mismo lo estaba haciendo. En París, cundió el pánico y el espontaneísmo, y se quiso pasar a la acción sin un plan. Se colgaron carteles que rezaban: «¡Los conspiradores realistas han atacado, no obstante la moderación de nuestra actitud!»<sup>87</sup>, y el 3 de abril salieron dos columnas federadas en dirección a Versalles, dirigidas por Duval y Flourens. No hubo plan de trabajo concreto alguno, y cada federado siguió al jefe que quiso. Al llegar al monte Valérien descubren que en realidad no pertenece a la Comuna sino a los reaccionarios (el error de no haberlo ocupado antes y creer que sí se hizo fue tremendo). Cuando caen los obuses, las columnas comuneras se dispersan y vuelven a París. Abatido, Flourens se rinde y comienza a caminar sin rumbo por las orillas del Sena hasta que se encuentra con un guardia reaccionario que lo asesina. Duval decide no rendirse y seguir con la misión de alcanzar Versalles. Su columna es sorprendida y detenida por el enemigo. Duval se reconoce como oficial, y es fusilado en una zanja al grito de ¡Viva la Comuna! El resto de prisioneros federados que habían sido cogidos en el frente comienzan a ser

<sup>84</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.267. Su gran amigo Marx también había predicho el desplome de la columna en 1852, en su *Dieciocho de Brumario*.

<sup>85</sup> K. Ross, *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2016.

<sup>86</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.241.

<sup>87</sup> *Ibíd.*, p.166.



trasladados a Versalles, donde son tratados con extrema crueldad por parte de los soldados. Muchos morían antes de ser fusilados o acudían arrastrándose y cubiertos de sangre al pelotón. Todo esto ante los aplausos y vítores de esa ciudad–espectáculo de sí misma que era Versalles.

El 4 de abril París reacciona a la barbarie versallesa. El Comité Central reclama el derecho a reorganizar la Guardia Nacional y se acepta que se encargue de la administración de la ciudad. El 7 se hace público un decreto ordenando represalias en señal de venganza. Podía parecer tarde: los notables reaccionarios y capitalistas más poderosos habían huido de París hace tiempo. Aun así, los fusilamientos en Versalles cesaron por un tiempo, hasta que se vio que el decreto de la Comuna era papel mojado, una amenaza inocua. En realidad no era tarde. «La Comuna, en su ciega indignación, no veía los verdaderos rehenes que saltaban a la vista: la Banca, el Registro y los Dominios, la Caja de depósitos y consignaciones»<sup>88</sup>. En el aspecto militar, el polaco Jaroslaw Dombrowski es puesto al frente de la Guardia Nacional y logra tomar dos fuertes y expulsar a los versalleses del puente de Neuilly gracias a un plan sólido. Versalles respondió enviando una ingente cantidad de tropas, y la Comuna no pudo mantener la posición. Los obuses seguían cayendo sobre el distrito de Vanves, y las fuerzas federadas dirigidas por Dombrowski seguían defendiendo el terreno palmo a palmo. El joven oficial protestante Louis Rossel se une a las filas de la Comuna bajo un juramento: «por odio hacia quienes han entregado mi patria, por odio hacia el viejo orden social, he venido a enlistarme bajo las banderas de los obreros de París»<sup>89</sup>. Desde el primer momento Rossel destaca por su firmeza, disciplina y dureza, y estas le llevan a puestos de responsabilidad. La situación es delicada y la Comuna necesita personas como él. En el Hôtel-de-Ville comenzaban a agitarse algunos diputados inquietos. Félix Pyat, conocido por sus anónimas soflamas incendiarias en *Le Vengeur*, presenta su dimisión, que es rechazada: «es usted un soldado y debe continuar en la brecha. Sólo nosotros tenemos derecho a destituirle»<sup>90</sup>. El gran y experimentado Charles Delescluze habla de la misión histórica de permanecer en el puesto, de vencer o morir, desatando aplausos. El miedo se combina en el Ayuntamiento con el autoconvencimiento de continuar. Con todas estas historias se puede apreciar que la defensa de París, la organización de la resistencia, dependió casi exclusivamente de individualidades que creyeron que la abnegación podría sustituir la estrategia y la táctica revolucionarias. Lógicamente una abnegación ciega sin táctica sólo puede conducir, en el mejor de los casos, a la más digna de las muertes. La negligencia de los cuadros dirigentes, que sólo dieron una orden a sus generales («defendeos»), el abandono de las tropas sin relevo en el frente, la falta tanto de una estrategia general como de un consejo general de defensa, la comida y vestimenta precaria (muchas comuneras fueron enviadas al frente sin siquiera una manta) todo ello repercutió en su espíritu. La disciplina se fue quebrando cada vez más, por pura desesperación.

La noche del 29-30 de abril las fuerzas reaccionarias cercaban el fuerte de Issy, tras varios días de heroica resistencia comunal contra obuses y metralla. Al verse rodeados, parte de las fuerzas *communards* decidieron evacuar el fuerte indisciplinadamente. El día siguiente se crea el Comité de Salud Pública, recordando los tiempos de la Revolución Francesa, y se nombra a Rosell delegado de guerra. Lo primero que hace es rellenar las brechas en el fuerte de Issy, instalar baterías de apoyo, mandar refuerzos y enviar una nota al coronel Leperche, al mando de la tropa versallesa del partido del orden en Issy: «Querido compañero: la próxima vez que se permita usted enviarnos una intimidación tan insolente mandaré fusilar a su parlamentario de

---

<sup>88</sup> *Ibíd.*, p.184.

<sup>89</sup> A. Ollivier, *La Comuna*, op. cit., p.113.

<sup>90</sup> En H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.197.

acuerdo con las costumbres bélicas. Su devoto camarada, Rosell»<sup>91</sup>. Las llamadas de disciplina de Rosell fueron desoídas. No fue posible romper el cerco, las fuerzas revolucionarias que quedaban en Issy agonizaban. Quienes aún se obstinaban en defender las ruinas del fuerte terminaron por ceder y comenzó la evacuación de Issy. Rosell, justo antes de presentar su dimisión y darse por vencido, escribiría un par de líneas que haría imprimir y distribuir por toda la ciudad de París: «la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy, abandonado ayer por la guarnición»<sup>92</sup>. Esta información hizo cundir el pánico en la capital, desalentó a millares de combatientes y difamó a quienes resistieron en Issy. Aun con eso, puso de relieve una realidad: todo el mundo delibera, nadie obedece. El Hôtel-de-Ville estaba enfrascado en una discusión ajena sobre los puntos del día cuando irrumpió Delescluze: «hay ochenta piezas de artillería que nos amenazan desde Montretout y ustedes están aquí discutiendo»<sup>93</sup>.

El 10 de mayo se instituye un nuevo Comité de Salud Pública, cuya primera medida cargada de resentimiento es ordenar la demolición de la casa de Thiers en París. El fuerte de Vanves caía tras una defensa paralizada por la desidia, y vuela por los aires una fábrica de cartuchos en la avenida Rapp, por causas desconocidas. El enemigo reaccionario está en las puertas de la ciudad, las bombas caen incesantes sobre la mayor parte de los barrios de París (Thiers se ganó el sobrenombre de “Rey Bomba” y fue denunciado por sociedades internacionales por rematar heridos y disparar contra las ambulancias). La abnegación de los y las comuneras es tan absoluta como insuficiente. Un joven de dieciocho años al que le han amputado una mano afirmando que aún le queda la otra para servir a la Comuna, comuneras heridas graves que preguntan ansiosamente cuándo podrán volver a la lucha: las mujeres, al igual que en marzo, demostrarán en la defensa de París un coraje extremo.

Es conocido el nombre de Louise Michel, la maestra del distrito XVI que dirigió un batallón no mixto y fue una de las mayores exponentes de la Comuna<sup>94</sup>, pero fueron muchísimas las mujeres que empuñaron el fusil en defensa de la causa universal proletaria. Muchas de ellas agrupadas en *Union des Femmes*, como la encuadernadora Nathalie Lemel, la artillera Hortense David, las lavanderas Joséphine Marchais y Léontine Suetens o la cofundadora de la sección rusa de la Primera Internacional Elisabeth Dmitrieff. Destacó la barricada de la plaza Blanche con el boulevard Clichy, levantada y defendida por un batallón no mixto de 120 mujeres. Luchando contra los prejuicios misóginos que tanto Proudhon como la tradición reaccionara habían inculcado en el proletariado francés, las mujeres tuvieron que demostrar el doble de abnegación y compromiso para que los hombres comenzaran a verlas al fin como compañeras de lucha. La misoginia era tal que incluso en los juicios represivos posteriores a la Comuna las mujeres proletarias tuvieron que exigir el mismo trato que se les daba a los hombres de su clase. La propia Michel declararía: «ya que, según parece, todo corazón que lucha por la libertad sólo tiene derecho a un poco de plomo, exijo mi parte»<sup>95</sup>. Aun así, en vez de ser fusilada, fue deportada a Nueva Caledonia. Esta historia se repitió



Louise Michel

<sup>91</sup> En *ibíd.*, p.233.

<sup>92</sup> En *ibíd.*, p.243.

<sup>93</sup> *Ibíd.*, p.244.

<sup>94</sup> Véanse sus memorias, L. Michel, *La Comuna de París*, Madrid, La Malatesta, 2014.

<sup>95</sup> C. Arruzza, *Las sin parte*, op. cit., p.39.

con multitud de mujeres: 1051 fueron procesadas en el Consejo de Guerra. 756 eran obreras, 246 no tenían profesión y una era burguesa. La misoginia a la hora de escribir la historia ha hecho que estas mujeres queden, bien olvidadas, desterradas de los libros y difícilmente accesibles, o bien recluidas en un capítulo adicional estilo *Las mujeres durante la Comuna*. En este trabajo hemos intentado integrar su esfuerzo, lucha y abnegación dentro de la historia, y no como un apéndice añadido a esta.



Barricada Blanche-Clichy, defendida por mujeres.

Uno de los actos más importantes a los que tuvo que enfrentarse la Comuna durante los últimos días de su existencia fue al suceso de los rehenes. Como dijimos antes, todas las grandes personalidades habían huido de París hace tiempo, y dentro de los muros únicamente quedaban, encerrados, personajes secundarios. Entre estos destacaban el arzobispo de París y otros clérigos (Deguerry, Bonjean y Lagarde). La Comuna exige a Versalles un canje de estos por Blanqui, detenido desde el 17 de marzo, y amenaza desesperadamente con fusilar a los rehenes. Thiers aprovechará esta desesperación para sacar beneficio. Afirma Rochefort:

Thiers sabía que la muerte de esos clérigos, de esos abades, de esos arzobispos causaría la exasperación del clero y de la burguesía francesa; y pudiendo tan fácilmente salvar a los rehenes los ha, deliberadamente, condenado al paredón para tener así el pretexto que necesitaba para degollar a los 35.000 federados cuyos cadáveres pronto cubrirían las calles de París... El verdadero criminal es quien hace que el crimen sea inevitable, quien pone un puñal en la mano de un hombre a quien el furor y la desesperación han hecho perder la razón<sup>96</sup>.

La Comuna, desesperada, terriblemente consecuente, es obligada a cumplir la amenaza ante la negativa de Versalles. Los clérigos son fusilados, y la maquinaria de difamación de Versalles empieza a echar humo convirtiendo una acción desesperada de guerra en un acto de terrorismo estatal. Todo el mundo se entera de que los y las criminales de París se dedican a ejecutar clérigos inocentes, y que por eso merecen ser aplastados. La pequeña burguesía empieza a despotricar exigiendo que ese mismo día se atravesen las puertas de París y se comience con la sangría, pero Thiers no se fía. Las entradas insuficientemente vigiladas auguraban una trampa mortal para el ejército versallés. Si antaño Thiers subestimaba el poder de las fuerzas revolucionarias, ahora pecaba de lo contrario y sobreestimaba a este. No había ninguna trampa preparada. El proletariado se había replegado a sus barrios para organizar la defensa desde allí de forma individual, abandonando las entradas de la ciudad. Las bombas siguen cayendo sobre la ciudad de París, reduciendo a ruinas barrios enteros. Finalmente, el día 21 de mayo, las tropas reaccionarias entran a la ciudad por la puerta occidental de Saint-Cloud, abierta desde hace tres días. Comenzaba así la llamada «semana sangrienta», que terminaría con 35.000 federados y federadas asesinadas. Al mismo tiempo que los versalleses degollaban *communards* en las calles de Passy, se discutían abstracciones en el Ayuntamiento. «Los

<sup>96</sup> Citado en A. Ollivier, *La Comuna*, op. cit., p.241.

versalleses se desbordan por el interior de París, y París lo ignora»<sup>97</sup>. El lunes 22 de mayo, al fin la ciudad reacciona.

¡A LAS ARMAS! Que París se cubra de barricadas, y que, tras esas murallas improvisadas, lance de nuevo a sus enemigos su grito de guerra, grito de orgullo, grito de desafío, pero también grito de victoria; porque París, con sus barricadas, es inexpugnable.

Que se levante el pavimento de todas las calles: primero, porque los proyectiles enemigos, cuando caen sobre tierra, son menos peligrosos; después, porque los adoquines, nuevos medios de defensa, deberán ser acumulados, a distancia regular, en los balcones de los pisos superiores de las casas.

Que el París revolucionario, el París de los grandes días, cumpla con su deber; la Comuna y el Comité de Salvación Pública cumplirán con el suyo.

La lucha se traslada al interior de la ciudad. Muchas y muchos federados que habían señalado errores sin ser escuchados se echan el fusil al hombro. En vez de organizar un centenar de barricadas estratégicas, se llama a la proliferación espontánea de estas, distribuidas de forma caótica, fáciles de levantar e imposibles de guarnecer. Pese a la inmensa belleza de la proclama, esta yerra en el objetivo. Precisamente lo que sobra en París es abnegación y compromiso, lo que falta es estrategia. París no necesita palabras que lo levanten, necesita un plan concreto y global de defensa; y este no se da de forma espontánea. Las barricadas comienzan a brotar barrio a barrio y el pueblo se prepara para la lucha final. Los reaccionarios, dentro de los muros, son recibidos entre vítores en los barrios ricos occidentales y atravesaban las amplias avenidas haussmannianas moviendo con rapidez su artillería moderna. Conforme iban aplastando barrio a barrio de forma individual y concéntrica, atravesando barricadas aisladas unas de otras (ni siquiera había una centralización de qué barricadas resistían y cuáles habían caído), la desesperación se iba adueñando más y más de las fuerzas comuneras. Grupos de veinte *communards* contenían el empuje de regimientos enteros, regimientos que no se atrevían a arrasar «por miedo a París, a que las calles se entreabrieran, que las casas se derribaran sobre ellos»<sup>98</sup>. El comunero Paul Brunel mandó a sus fuerzas prender fuego a edificios públicos que simbolizaran al gobierno, como medida de venganza y represalia. Los Palacios de Justicia, el Real, de las Tullerías, de la Legión de Honor, de Orsay, todos fueron pasto de las llamas. El Hôtel-de-Ville tampoco se libró. En la prensa burguesa se extiende el mito de las *petroleuses* [petroleras] para linchar y deslegitimar el coraje que las comuneras estaban demostrando. «Esta leyenda – afirma Arruzza – de la obrera parisiense de costumbres ligeras, carente de moral alguna, que recorría las calles de la ciudad con fines incendiarios fue creada expresamente para estigmatizar este resquicio de libertad que la Comuna ofreció a las mujeres»<sup>99</sup>. Toda mujer con vestimenta sospechosa, o que llevara alguna botella para leche, era detenida y ejecutada por los invasores versalleses.

La munición de obuses empieza a agotarse, y las y los federados cargan sus cañones con piedras y asfalto. Cuando no queda pólvora inician la retirada: este procedimiento se repite barricada a barricada. Aun así, el repliegue era para seguir levantando la bandera roja en una barricada unos metros más alejada. París se defendía calle por calle, y ardía antes que rendirse.

<sup>97</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.286.

<sup>98</sup> *Ibíd.*, p.295. Había corrido el rumor de que las alcantarillas estaban llenas de dinamita bajo las barricadas.

<sup>99</sup> C. Arruzza, *Las sin parte*, op. cit., p.39.

Cada piedra de la ciudad tiene su leyenda, su historia. El abandono más sangrante de una posición es el de la colina de Montmartre: su geografía posibilitaba la resistencia, desde esa altura las y los comuneros podrían haber puesto en jaque al ejército versallés. Mientras avanza la guerra, las fuerzas reaccionarias comienzan a llevar a cabo el mayor holocausto del siglo XIX con las heroínas y héroes de la Comuna. Las historias desgarradoras se suceden. Una mujer, con su hijo en brazos, se niega a arrodillarse cuando va a ser fusilada y comienza a gritar a sus compañeros «¡haced ver a estos miserables que sabéis morir en pie!». Un comunero es conducido ante un comandante versallés que le pregunta quién es. La respuesta orgullosa: «Lévêque, albañil, miembro del Comité Central» es contestada con un «ah, ¿con que son los albañiles los que quieren mandar ahora?» antes de descargar el revólver en su cara. Un niño en Temple pide tres minutos de tregua a un general reaccionario para entregar un reloj de plata a su madre. El general, conmovido, le deja marchar pensando que no volvería a verlo. Tres minutos después el niño vuelve y se sitúa en el muro, junto a los cadáveres de sus camaradas adultos, recién fusilados. Los versalleses persiguen a los heridos que se alejan de París en ambulancias. En una fila de detenidos un oficial separa a los que tienen canas para fusilarlos en el momento ya que, si han vivido 1848, son más culpables que el resto. A la burguesía no le importaba en ese momento la victoria, esta había sido garantizada hace ya tiempo. Versalles no reprimía para vencer la batalla, sino para aniquilar la esperanza del socialismo en el futuro.

Dombrowski cae muerto en la barricada del bulevar Ornano. En su funeral en el inmortal cementerio de Père-Lachaise, Vermorel exclamaría: «¡Juremos no salir de aquí más que para morir!»<sup>100</sup>. Delescluze trepa los adoquines de la barricada del bulevar Voltaire y, como un *montagnard* camino a la guillotina, desesperado y sin fuerzas, se pone al descubierto junto a la bandera roja. Recibe la descarga y cae. La noche del 27 de mayo todo termina. El cementerio de Père-Lachaise es el último escenario: doscientos federados y federadas resisten dentro. Cada tumba, cada bóveda, es defendida encarnizadamente. En las fosas se desarrollan combates con armas blancas. Se cumplía el juramento de Vermorel, suenan tambores fúnebres por la Comuna.



*Mur des fédérés*, Henri-Alfred Darjou

Ciento cuarenta y siete combatientes son fusilados y fusiladas frente a un muro que llevará el inmortal nombre de *Mur des Fédérés*. Jules Jouy describiría este lugar como: «Tombe sans croix et sans chapelle, sans lys d'or, sans vitraux d'azur, quand le peuple en parle, il l'appelle Le Mur [Tumba sin cruz y sin capilla, sin lis de oro, sin vitrales de azur, cuando el pueblo habla de ella, la llama El Muro]». Hoy, una placa conmemorativa recibe a las visitantes. *Aux morts de la Commune. 21-28 mai 1871.*

## 2.4. Represión y muerte

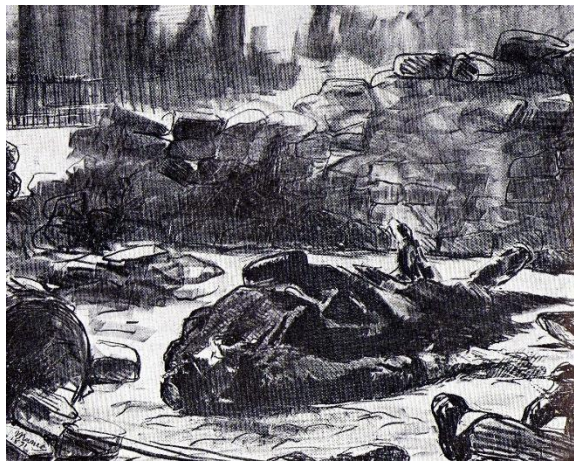
Durante la llamada «semana sangrienta» (del 21 al 28 de mayo de 1871) treinta mil comuneras y comuneros cayeron ante las balas reaccionarias de Versalles, tanto en combates como en fusilamientos (representando estos la mayor parte de las muertes). Esto quiere decir que más de cuatro mil revolucionarias murieron por día. Pero la represión no quedó en esa

<sup>100</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.310.

semana. El número de muertes se extendió hasta las cincuenta mil, según las fuentes historiográficas más fiables (hay cierta disparidad). Estas cifras no pueden explicarse en términos de guerra, de batalla entre dos fuerzas enemigas, ni aunque se suponga una fuerza como infinitamente superior a la otra. Es cierto que en estrategia Versalles sí fue infinitamente superior, pero el sacrificio de París no puede ser superado por ningún ejército regular del mundo. Estas cifras sólo pueden explicarse en términos de holocausto, es decir, de aniquilación sistemática y programada de las fuerzas opuestas de resistencia. El propio Thiers lo explica en estos términos: «los rojos están totalmente derrotados; no podrán recomenzar mañana sus actividades. Uno no puede meterse dos veces en cincuenta años en una lucha tan inmensa como la que ellos han perdido»<sup>101</sup>. Triunfar sobre unas ruinas no era nada comparado con poder escribir en la historia su célebre sentencia: «El socialismo ha acabado por mucho tiempo». El famoso cronista burgués Edmond de Goncourt era mucho más explícito y llegó más lejos:

El derramamiento de sangre fue una sangría limpia; semejante purga, al destruir al sector combativo de la población, posterga la próxima revolución una generación entera. La vieja sociedad tiene veinte años de tranquilidad por delante, siempre que los poderes que existan se atrevan a llegar tan lejos como lo han hecho ahora<sup>102</sup>.

Los cadáveres llenaban las calles y los parques, el hedor era insoportable. La negativa del ejército reaccionario de enterrar los cuerpos como medida de advertencia empeoraba la situación. En los cuarteles, se sucedían los fusilamientos. «Las víctimas morían sencillamente, sin fanfarronadas»<sup>103</sup>. Entre ellos, fue especialmente terrible el fusilamiento del socialista Eugène Varlin. Arrastrado por las empinadas calles de Montmartre, destrozado a golpes, cuando llegó al poste su cara estaba totalmente desfigurada y ensangrentada. Para fusilarlo tuvieron que sentarle. El ejército se cebaba con el pueblo parisino. Thiers telegrafió a sus prefectos: «el suelo está sembrado de cadáveres, este espantoso espectáculo servirá de lección»<sup>104</sup>. Si el suelo de las calles parisinas se levantó para defender la insurrección, ahora se levantaba en zanjas para enterrar a sus muertas y muertos, donde el recuerdo del pueblo acudió a buscarlas cada año. Se llevaron a cabo batidas con antorchas en las catacumbas para dar caza a quienes se escondían allí, se registraron los bosques y ocuparon las estaciones. Se estableció en Versalles la renovación de pasaportes y visados. El reaccionario Jules Favre pidió a todas las potencias extranjeras la extradición de los y las comuneras fugadas, con el pretexto de que la lucha no había sido política. Algún gobierno tramitó estas extradiciones, otros como el suizo se negaron ante la ausencia de pruebas, pero el proletariado internacional honró sin excepción la memoria de sus hermanos y hermanas parisinas. En Londres, Bruselas, Ginebra, Zurich, Leipzig se sucedieron actos de rememoración.



<sup>101</sup> En D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p.424.

<sup>102</sup> En *ibíd.*, p.421.

<sup>103</sup> H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.343.

<sup>104</sup> *Ibíd.*, p.346.

Los periódicos que apoyaron a la Comuna (*Les droits de l'Homme*, en Montpellier, *l'Emancipation* en Toulouse o el *National du Loiret*) fueron censurados y suprimidos.

Unos setenta mil parisinos y parisinas pasaron por los procesos judiciales de los consejos de guerra en Versalles. Pruebas amañadas, interrogatorios capciosos, exigencias de delación, amenazas. Muy pocos *communards* sucumbieron a la presión, y la inmensa mayoría mantuvo la dignidad. Destacamos el honorable caso de Trinquet, que sólo lamentó no haber muerto en las barricadas. De todos estos procesos se demostró que la burguesía no necesitó leyes de excepción para juzgar, condenar y ejecutar al proletariado, que le bastó con la «normalidad jurídica». Quienes no cayeron bajo las balas versallesas no corrieron mejor suerte que quienes sí lo hicieron. El campo de concentración de Satory fue un infierno de suelo arcilloso que se empapaba a la primera lluvia en el que los y las detenidas yacían hacinadas al raso. Las epidemias se sucedían, y los campos de concentración se llenaron rápido. Se llenaron barcos pontones de prisioneros, y se embarcaron rumbo al destierro en la colonia de Nueva Caledonia, en el sudoeste del Océano Pacífico, a un día de distancia en barco. Otras y otros proscritos tuvieron que partir a Londres, Suiza o Bélgica, donde sufrieron una fuerte vigilancia por parte de la policía. Entre muertes en las barricadas, fusilamientos, epidemias, hambre, condenas, destierros, las víctimas ascendieron a ciento siete mil, aproximadamente. «Tal es el balance de la venganza de la alta burguesía por la revolución de dos meses del 18 de marzo»<sup>105</sup>.

Ni siquiera los y las muertos fueron dejadas en paz, y al reestablecerse el régimen reaccionario en París se promovió sistemáticamente la humillación de quienes dieron su vida en la lucha, en las barricadas. «Ni siquiera los muertos están a salvo del enemigo cuando vengza. Y este enemigo no ha dejado de vencer»<sup>106</sup>, escribía Benjamin. No bastó con aniquilar físicamente al proletariado, también fue necesario destruir su dignidad y humillar su recuerdo a través de monumentos. Destacó especialmente la Basílica del Sacré-Coeur (Sagrado Corazón), ubicada en lo alto de la colina de Montmartre, en el Distrito XVIII. Fue planificada en 1873 como una basílica expiatoria de todos los pecados y crímenes, y como forma de reconciliar todas las almas de las víctimas de la guerra franco-prusiana y la Comuna, convirtiéndola en un signo de pacificación y concordia. Únicamente un diputado republicano se opuso a esta edificación: «cuando pensáis en levantar en las dominantes alturas de París, ciudad fuente del libre pensamiento y la revolución, un monumento católico, ¿qué hay detrás de vuestros pensamientos? Convertirlo en un triunfo de la Iglesia sobre la revolución»<sup>107</sup>. La basílica se veía como una incesante provocación a la guerra civil, una condena a pedir perdón a la Iglesia y al Estado por haberse atrevido a combatir por un orden social más justo, una humillación a lo más sagrado que tiene el movimiento obrero, que es el recuerdo de quienes ya no están.



La misma elección del lugar fue ya un atentado contra la memoria de las víctimas. En la misma colina Montmartre en la que comenzó todo, donde las proletarias parisinas se negaron a entregar los cañones a Thiers desatando la insurrección, donde el pueblo fusiló a los generales

<sup>105</sup> *Ibíd.*, p.421.

<sup>106</sup> Tesis VI sobre el concepto de historia, en W. Benjamin, *Estética y política*, op. cit., p.142.

<sup>107</sup> Citado en D. Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p.426.

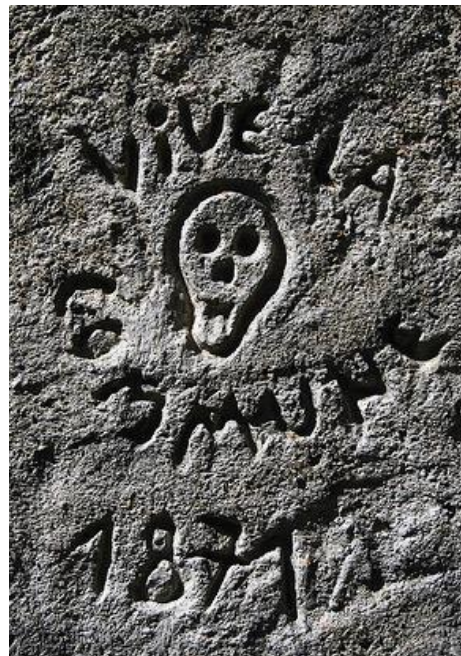
Lecomte y Thomas, donde se fusilaron a cientos de obreros y obreras federadas, literalmente encima de los cadáveres amontonados en cientos de zanjas a modo de fosas comunes, allí se erigió la basílica. Por un extraño giro del destino, trabajadores católicos levantaron una pequeña capilla en una de las criptas dedicada a Jesús-Obrero, y esa capilla se encuentra casi prácticamente en el lugar exacto donde se produjo el «Calvario de Eugène Varlin»<sup>108</sup>, donde culminó su martirio hacia el poste de fusilamiento.

En 1971, centenario de la Comuna de París, Pignon-Ernest, artista de performance, cubrió los largos escalones que conducen a la basílica con imágenes de las y los *communards* asesinados en la semana sangrienta. Esos cadáveres habían salido de la tierra y se habían hecho visibles por un día, recuperando el recuerdo de esa bandera roja que durante unos meses ondeó sobre París. Cinco años después, alguien dejó una rosa roja en la tumba de Blanqui en Père-Lachaise antes de hacer explotar una bomba casera en la basílica del Sacré-Coeur, provocando graves daños en una de las cúpulas.

El materialismo histórico – afirma Benjamin – tiene que abandonar el componente épico de la historia. Arranca violentamente la época de la sólida «continuidad de la historia». Pero también hace estallar la homogeneidad de la época. La carga con ecrasita, esto es, con presente<sup>109</sup>.



Ernest Pignon, *La Comune* (1971).



<sup>108</sup> *Ibíd.*, p.429.

<sup>109</sup> W. Benjamin, *El libro de los pasajes*, op. cit., p.476 [N9a,6]. La ecrasita es un sólido amarillo, brillante y con tacto de cera que se funde a 100°C. Se prepara mezclando cresol y fenol con un concentrado de ácidos sulfúrico y nítrico y neutralizando el producto con amoníaco. Es utilizado como explosivo.



### 3. La Comuna en la tradición comunista.

*«Las inundaciones son como la revolución, y a una y a otras hay que devolverlas a su cauce para que no se salgan nunca más de él».*

Napoleón III<sup>110</sup>

*«Todas las revoluciones entran en la historia pero la historia no se desborda; los ríos de las revoluciones vuelven al lugar de donde habían salido para seguir fluyendo».*

G. Debord<sup>111</sup>

Lamentarse de lo que pudo ser y no fue es una actitud que no puede encajar en el marxismo. Si la inmensa mayoría de los y las teóricas marxistas tiene análisis o comentarios sobre la Comuna de París no es por una suerte de autoflagelación en la derrota ni un regodeo a posteriori sobre qué debería haberse hecho, sino un estudio detallado del pasado para extraer lecciones en el presente. Alain Badiou pondrá a este extraer lecciones un término que consideramos crucial: «reactivación»<sup>112</sup>. El pasado sólo es revolucionario cuando vive en el presente, cuando puede proporcionar enseñanzas para la lucha revolucionaria. Lenin es totalmente enemigo de este regodeo desde el presente hacia el pasado:

Es sabido que algunos meses antes de la Comuna, en el otoño de 1870, Marx previno a los obreros de París, aduciendo que la tentativa de derribar el gobierno sería un disparate dictado por la desesperación. Pero cuando, en marzo de 1871, se impuso a los obreros el combate decisivo y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el más grande entusiasmo, a pesar de todos los malos augurios. Marx no se aferró a la condena pedantesca de un movimiento «extemporáneo», como el tristemente célebre Plejánov, renegado ruso del marxismo, que en noviembre de 1905 escribió alentando a la lucha a los obreros y campesinos y después de diciembre de 1905 se puso a gritar como un liberal cualquiera: “¡No se debía haber empuñado las armas!”<sup>113</sup>.

La cursiva es de Lenin: el hecho de que la lucha se imponga, se lleve adelante de forma desesperada sin una preparación previa, sin un análisis estratégico de la situación (como pedía Marx), es paradigmático. La situación en la Francia de 1871 fue la de un proletariado

---

<sup>110</sup> En H.P.O. Lissagaray, *La Comuna de París*, op. cit., p.23-24. Napoleón III pronuncia estas palabras en un miserable discurso a las 56 víctimas de la inundación del río Ródano.

<sup>111</sup> G. Debord, *Panegírico*, Madrid, Acuarela, 2009, Tomo II sin página. Se trata de una reinterpretación de Eclesiastés 1:7.

<sup>112</sup> A. Badiou, *The communist hypothesis*, Nueva York, Verso, 2010, p.188. Esta reactivación viene ejemplificada en la Gran Revolución Cultural Proletaria de China, en el *Programa de los 16 puntos*.

<sup>113</sup> V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*, Barcelona, Anagrama, 1976, p.34.

desbordando a una vanguardia paralizada que creía que la insurrección se decretaba a golpe de corneta. Un proletariado que estalló de forma espontánea y logró sostener y defender un Estado durante un breve período de tiempo, con su ciega abnegación como única arma. La izquierda rural francesa no sólo no estuvo a la altura, sino que además buena parte de ella sostuvo la posición de Kautsky, lamentando la matanza, lamentando el derramamiento de sangre federada.

Por sí solas, las insurrecciones espontáneas únicamente pueden terminar en la violencia estructural imponiéndose de la forma más brutal. Estas no pasan de ser un embrión, cuyo desarrollo se aniquila. Sin táctica y estrategia lo único que se puede hacer es resistir durante un tiempo limitado la muerte, en el mejor de los casos en una guerra de posiciones, y en el peor en una guerra de movimientos. Para el marxismo el conocimiento no es lineal, sino una espiral, un desarrollo. Teoría y práctica, como dos concreciones de una unidad, no pueden tomarse de forma separada, metafísica, estanca. Están entrelazadas en una totalidad, en una mediación: con cada proyecto revolucionario la teoría se vuelve más rica, más concreta, y esta a su vez concretizará más el próximo proyecto revolucionario. Nunca se vuelve al punto de inicio, nunca hay recomienzo. Teoría y práctica no pueden entenderse simplemente como una polaridad, como una dialéctica meramente aniquiladora, ni tampoco como una conciliación (más próxima a una «dialéctica» proudhoniana que marxista). La esencia no debe buscarse en los polos, sino en la mediación, en el traspasarse de los contrarios. En el análisis de la Comuna de París no se juega únicamente el perfeccionamiento y desarrollo de la teoría marxista, se juega también la posibilidad de la revolución proletaria en el futuro. Esta mediación es el núcleo mismo del proceso dialéctico. Se trata de ver en una insurrección espontánea, al mismo tiempo, las enormes limitaciones que padece y también la posibilidad abierta de aniquilar el orden social existente, de ver en la lucha política la única escuela para el proletariado. «Las conquistas “prematuras” del poder estatal por el proletariado – escribe Luxemburg en 1899 – son inevitables porque esos asaltos “prematuros” son un factor, y de los más importantes, para crear las condiciones políticas de la victoria definitiva»<sup>114</sup>.

La revolución comunista no se da de forma inmediata, espontánea. Ninguna revolución es lineal ni mecánica, siempre está atravesada de zigzagueos y retrocesos. Es totalmente metafísico esperar a que las condiciones objetivas y subjetivas estén listas para lanzarse a la lucha, como si de un resorte se tratara. La lucha prematura cuando las condiciones aún están en desarrollo es necesaria, porque prepara ese camino, como afirma Luxemburg. La revolución, si quiere triunfar, debe llevar a cabo un análisis concreto de la correlación de fuerzas, entendiendo que la realidad no es estanca sino que está en un continuo movimiento. De ahí que la brillantez práctica vaya asociada siempre a la estrategia y a la táctica, entendiendo estas como aprender a combatir en una coyuntura determinada, recoger enseñanzas y corregirlas mediante crítica y autocrítica. Si la tradición marxista se hubiera conformado con recordar la Comuna a través de homenajes, glorificando todo lo que llevaron a cabo aquellas y aquellos mártires del proletariado, quizás estaríamos hablando de otras circunstancias: quizás las y los bolcheviques habrían caído en los mismos errores que las y los *communards* al no tenerlos en cuenta. Creemos que la mejor forma de honrar un proyecto revolucionario es estudiarlo, interiorizarlo, y devolverlo a la vida en el



*La Comuna* (2000), P. Watkins

<sup>114</sup> R. Luxemburg, *Reforma o revolución*, Madrid, Akal, 2015, p.87.

contexto de una nueva coyuntura revolucionaria. Por tanto, no es casualidad que los momentos de mayor brillantez teórica coincidan temporalmente con los momentos de mayor actividad práctica. Es en estos momentos cuando la experiencia concreta enriquece los análisis teóricos, cuando la audacia deja entreverse.

Una de las lecciones más importantes que se pueden extraer de las revoluciones proletarias, es que las etapas históricas no se suceden como capítulos de un libro. No se cierra el viejo mundo para justo después abrirse el nuevo. Lo nuevo nace en el seno de lo viejo. La Comuna nace en el seno del Imperio, como antítesis de él<sup>115</sup>. La sucesión no es en absoluto mecánica, y al mismo tiempo convive lo viejo con lo nuevo en una contradicción. En el caso de la Francia del 71 esta idea se ve de forma clarísima: Versalles lo viejo, París lo nuevo. Lenin teoriza esto de forma brillante en el contexto de otra revolución, en abril de 1917, con la categoría de dualidad de poderes: «junto al Gobierno Provisional, junto al gobierno de la *burguesía*, se ha formado *otro gobierno*, débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los Sóviets de diputados obreros y soldados»<sup>116</sup>. Lo nuevo emerge en el seno de lo viejo, y se va abriendo camino a través de él. Este nuevo gobierno es la antítesis directa del viejo, no cabe el equilibrio entre ambos, uno acabará destruyendo al otro o siendo destruido por él. Conciliar, para el nuevo gobierno proletario, es ser destruido o cooptado por el viejo. Y como hemos podido observar, la *Commune* pagó la conciliación con su propia destrucción a manos de las fuerzas reaccionarias. En 1928 Mao argumentará sobre la existencia de poder rojo en China y terminará extrayendo lecciones universales, aunque nos advierta de la imposibilidad de trasladar mecánicamente sus conclusiones a cualquier otro país del mundo (más aún si lo llevamos a una metrópolis imperialista). Para Mao, «que el poder rojo en pequeñas zonas pueda o no mantenerse por largo tiempo depende de si continúa desarrollándose la situación revolucionaria en todo el país»<sup>117</sup>.

Es decir, el problema de mantenerse en el poder está indisolublemente ligado al problema de extender el poder: sostener una revolución es expandirla. La maquinaria del Estado debe ser utilizada, una vez esté en manos proletarias, para este fin. No basta con adueñarse del Estado, la revolución es mucho más como ya afirmamos. Las semejanzas con el caso de Rusia son patentes: el gobierno proletario de la Comuna, débil y



embrionario, existía dentro de la Francia imperial del gobierno provisional republicano. El problema que no pudo resolver la Comuna, y sí el gobierno soviético, fue el problema de consolidar y extender la revolución. Mientras en París el Estado estaba en manos proletarias, estallaron siete insurrecciones distintas en distintos puntos del país galo: Lyon, Saint-Etienne, Marsella, Toulouse, Le Creusot, Limoges y Narbona. La duración de estas, entre dos días y una semana. El proletariado se alzó en armas motivado por el ejemplo parisino, pero no pasó de ese

<sup>115</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.92.

<sup>116</sup> *La dualidad de poderes*, en V. I. Lenin, *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, Progreso, 1960, p.40.

<sup>117</sup> *¿Por qué puede existir el poder rojo en China?*, Mao Zedong, *Obras escogidas*, tomo I, Beijing, Ediciones en lenguas extranjeras, 1971, p.66.

ejemplo. Lissagaray cuenta cómo lo único que se había podido ofrecer al luchar contra las fuerzas reaccionarias eran gritos de ¡Viva París! Una insurrección que es incapaz de organizar un ejército jamás podrá sostenerse en el poder, esa es una enseñanza muy valiosa. Los esfuerzos de París por extender e incluso internacionalizar la revolución no dieron resultado. No pasaron de enviar delegados, realizar informes, mostrar palabras de solidaridad. Obviamente hay que poner esto en su contexto, en la extrema precariedad que amenazaba la revolución. Por estas circunstancias e incapacidades, París se vio obligada a resistir por sí sola contra toda Francia, contra toda Europa. «La organización del Partido Comunista – sigue Mao – debe ser fuerte, y su política, correcta»<sup>118</sup>. Sin la organización comunista el proletariado sólo podrá aspirar a una resistencia más o menos dilatada dependiendo de su abnegación, pero nunca a instaurar un orden comunista.

Aquí toma pie otro problema fundamental, que se torna muy necesario plantear y trabajar en su solución concreta: el problema de la defensa de los espacios fijos, de las bases rojas, de las ciudades. De conectar la revolución con una geografía, con un territorio. No estamos hablando de la fase de conquista del poder, del ataque por oleadas en términos maoístas, de la guerrilla en términos guevaristas, sino de la organización centralizada y la defensa de la revolución contra las fuerzas reaccionarias. La necesidad de defender, de forma armada y efectiva, los espacios de nuevo poder consolidados. El caso citado de China, de las bases rojas en la Autonomía italiana, de los comedores escolares para el Partido Pantera Negra, el caso de la guerra popular prolongada en las ciudades en Perú o India, los ejemplos históricos se suceden. La única forma de defender un espacio inmóvil es extendiendo y consolidando su influencia. No basta con obviar el problema y replegarse en la clandestinidad y las sombras, sino saber combinar y diferenciar lo legal y lo ilegal, lo visible y lo invisible. Hay que afrontar la obviedad de que la batalla a muerte de la lucha de clases implica, tarde o temprano, un enfrentamiento abierto, una guerra civil. Que la burguesía no se va a plegar al resultado de unas elecciones, a una victoria obrera en un parlamento. Conciliar aquí, retardar el momento del enfrentamiento de las fuerzas burguesas contra las fuerzas proletarias hasta que ya es demasiado tarde, obviar que el primero que declaró la guerra fue Thiers al intentar el desarme en Montmartre, es un error que se pagó muy caro.

Dentro de la propia política interna, podemos destacar bastantes errores que la Comuna pagó caros. El principal de todos, como ya hemos comentado, no tocar el Banco de Francia. Para sostenerse, una revolución necesita tomar para sí los núcleos de poder fáctico, necesita el poder económico. La nacionalización de la banca le habría permitido a París una gran cantidad de ingresos, cruciales por ejemplo para proporcionar mejores recursos a las y los combatientes, para pensiones de viudedad más altas, o para poner en marcha más fábricas cooperativas. Otro error fundamental es el que acabamos de decir, el miedo a la beligerancia, la tendencia a la conciliación con los asesinos de Versalles. Si el antagonismo entre estos dos poderes se hubiera entendido como tal, desde la dialéctica hegeliana marxista y no desde la conciliación proudhoniana, la certeza del peligro hubiera estado más presente, y quizás se hubieran tomado medidas mucho más agresivas. Se habría visto el parlamento como un medio y no como un fin en sí mismo para dirimir disputas. En vez de tomar medidas tan agresivas como necesarias, la Comuna intentó negociar con quienes conspiraban para derrocarla y convertir París en un baño de sangre, creyó poder llegar a acuerdos a través de la democracia burguesa. Una incompreensión del papel del Estado permitió este intento de conciliación. Las y los bolcheviques tendrán esto mucho más claro en su ruptura con el reformismo de la II Internacional: el Estado

---

<sup>118</sup> *Ibíd.*, p.67.

es una máquina para la opresión de una clase por otra. Todo intento de conciliar con la burguesía acabará en un baño de sangre. Contra la mistificación hegeliana del Estado que denuncia Engels («en Alemania la fe supersticiosa en el Estado se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general»<sup>119</sup>), se trata de exponer el funcionamiento y papel del Estado como instrumento superestructural de la explotación de clase. Permitir al enemigo organizarse es darle tiempo para destruirte. Y aquí cobra importancia una cuestión que la Comuna de París sí que supo resolver, al menos en sus primeros días: la cuestión de organizar la represión. Dijimos que Thiers comenzó a tomarse en serio a la Comuna cuando supo reprimir un motín, y ver esto es muy importante contra las mistificaciones interesadas de parte del anarquismo. La revolución es un proceso, no un flashazo inmediato: la lucha de clases existirá durante y después de esta, y contra esta amenaza el proletariado deberá conservar el Estado hasta lograr abolir la existencia de las clases sociales. Una revolución, parafraseando de nuevo a Engels, es la cosa más autoritaria que existe<sup>120</sup>. La falta de autoridad será aprovechada siempre por el enemigo para conspirar y derrocar el nuevo poder. Sin organización de la represión no puede existir ninguna revolución, ya que la organización es la mediación del proceso, la expresión del desarrollo de la totalidad concreta. Aquello que mantiene unido y en constante cambio y transformación al sujeto revolucionario. Liquidar esta mediación, sustituir la dialéctica por una suerte de inmediatismo en el que todo viene hecho, como si el Estado pudiera ser abolido de un día para otro, es liquidar la posibilidad de una revolución.

Este nuevo poder, que nace en el seno de lo viejo, es la expresión de una unidad de clase construida a través de la lucha, forjada a través de innumerables combates y actividad política en la lucha de clases. Un ejército proletario no se constituye en París en un día, se forja y se temple en el asedio prusiano, en las jornadas de 1848, en toda la tradición de lucha. Unidad armada, esa es otra enseñanza de la Comuna: en palabras de Lenin en un telegrama a Zurich, democracia sólo puede significar un fusil en la espalda de cada obrera, de cada obrero. Esta es la única garantía, por ello la primera medida de la República burguesa de Thiers fue intentar desarmar al proletariado (Marx expresó esta idea de forma preciosa: «París en armas era la revolución en armas»<sup>121</sup>).

Como conclusión fundamental o lección principal de la experiencia revolucionaria de la Comuna de París, no vamos a ser muy originales ni novedosas. Extraemos la conclusión que de ella extrajo el movimiento comunista internacional, aquella conclusión que permitió al proletariado llevar la lucha de clases a una nueva dimensión y que permitió alcanzar los días más gloriosos de la historia de nuestra clase: la revolución no es una tarea para almas bellas, no es un banquete como afirmó Mao. La masacre en París pesa como una losa sobre el movimiento comunista desde entonces, y es lo que le motiva a ser mucho más



<sup>119</sup> En K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.29.

<sup>120</sup> Véase F. Engels, *De la autoridad* (1873).

<sup>121</sup> K. Marx, *La guerra civil en Francia*, op. cit., p.58.

eficaz a la hora de asentar la dictadura del proletariado. En Octubre se abre un nuevo episodio con sus propias limitaciones, aciertos y fracasos, pero lo innegable es que *por primera vez en la historia* la clase oprimida toma, mantiene y expande su poder en contra de enemigos internos y externos. Esa es la lección fundamental de carácter universal de la Comuna de París que los y las bolcheviques hacen efectiva.

Hace 147 años el proletariado de París detenía la Historia. Su ejemplo escribió su nombre en la historia de nuestra clase, sirviendo como faro para todo el proletariado mundial. Cuentan que, cuando murió Thomas Müntzer, el reaccionario Martín Lutero vivió toda su vida con miedo a pronunciar o escribir el nombre de Müntzer. Un diablo moraba en esas letras malditas, y el miedo a exorcizarlo lo acompañó toda su vida. El fantasma del comunismo hoy en día no produce tantos escalofríos en la burguesía porque esta lo ve como algo lejano, fracasado. La mejor forma de honrar a nuestras muertas es demostrar que siguen vivas, que su voz vive en nuestra voz, que su ejemplo vive en nuestra lucha. Que ese fantasma vuelva a recorrer el mundo.

## Bibliografía.

- Arruzza, C., *Las sin parte: matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*, Barcelona, Sylone, 2015.
- Badiou, A., *The communist hyphotesis*, Nueva York, Verso, 2010.
- Baudelaire, C., *El pintor de la vida moderna*, Madrid, Taurus, 2013.
- Benjamin, W., *Estética y política*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2009.
- El libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2011.
- Berman, M., *Aventuras marxistas*, Madrid, Siglo XXI, 2016.
- Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI, 2013.
- Bernstein, S., *Blanqui y el blanquismo*, Madrid, Siglo XXI, 2016.
- Bloch, E., *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, Madrid, La balsa de Medusa, 2002.
- Cappelletti, A., *Etapas del pensamiento socialista*, Madrid, La piqueta, 1978.
- Debord, G., *Panegírico*, Madrid, Acuarela, 2009.
- Germinal, *Colección de carteles, bandos y proclamas de la Comuna* [\[en línea\]](#)
- Harvey, D., *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.
- Lefebvre, H., *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013.
- Lenin, V.I., *El Estado y la revolución*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1960.
- Lissagaray, H.P.O., *La Comuna de París*, Nafarroa, Txalaparta, 2016.
- Luxemburg, R., *Reforma o revolución*, Madrid, Akal, 2015.
- Mao Zedong, *Obras escogidas*, Beijing, Ediciones en lenguas extranjeras, 1971
- Marx, K., *La guerra civil en Francia*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968.
- El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2003.
- Grundrisse*, tomo I, Madrid, Akal, 1976.
- Cartas a Kugelmann*, Barcelona, Laia, 1974.
- Et. Engels, Lenin, *La Comuna de París*, Madrid, Akal, 2010.
- Michel, L., *La Comuna de París*, Madrid, La Malatesta, 2014.
- Ollivier, A., *La Comuna*, Madrid, Alianza, 1967.
- Proudhon, P. J., *¿Qué es la propiedad?*, Barcelona, Diario Público, 2010.
- Ross, K., *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2016.
- VV.AA., *Socialismo premarxista*, Madrid, Tecnos, 1998.

Marzo de 2018.

